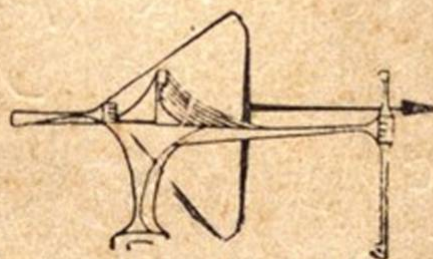


62

XIMO AVILES BLONDA

LAS MANOS VACIAS



ARQUERO

CIUDAD TRUJILLO, REPUBLICA DOMINICANA

1959



La aparición de una buena obra de arte es siempre motivo de júbilo para todos los que seguimos día por día los acontecimientos de esta índole que se producen no sólo en nuestro lar, sino en otros puntos de la tierra. Cualquiera que sea la verdadera obra de arte debe tener para aquellos que aman lo bello y lo perfecto un mensaje que les hará vibrar interiormente. Y cuando esta obra es producto de un autor dominicano, doblemente debemos sentirnos halagados puesto que ese artista tiende a poner un algo de su patria en el sendero de la universalidad.

El teatro dominicano parece despertar de su letargo con la aparición de la obra *LA TRINITARIA BLANCA*, de Manuel Rueda, y afirmarse con una continuidad que indica buen futuro, en las obras *LAS MANOS VACIAS*, de Máximo Avilés Blonda, y *PROMETEO*, de Héctor Incháustegui Cabral.

El teatro nacional después de estas tres obras ha tenido ya una intención de universalizarse, de ponerse a tono con las más rigurosas líneas del más difícil de los teatros: el Teatro de Ideas.

En este grupo puede mencionarse a Franklin Domínguez, quien hasta ahora ha logrado hacer un teatro que si tiende a lo conceptual por momentos, es más bien ligero y pleno de un movimiento y una técnica excelentemente dominados.

La Colección Arquero, fiel a sus cánones de dar al público lo mejor y más significativo de nuestra vida intelectual, se digna con la publicación de esta obra del joven poeta, dramaturgo, actor y director teatral, Máximo Avilés Blonda, figura valiosa de nuestro mundo artístico, y de gran porvenir por su juventud y su fina inteligencia siempre al servicio del Arte Dominicano.

Las Manos Vacías fué estrenada por el Teatro Escuela de Arte Nacional, bajo la dirección de Juan González Chamorro, el día 11 de febre-

\$3.00

1773

LAS MANOS VACIAS

Colección ARQUERO

(Verso y Prosa)

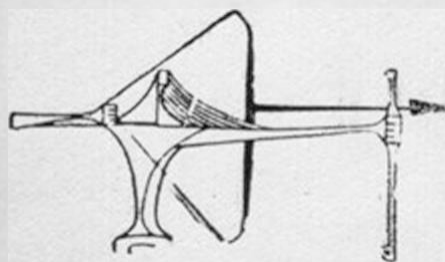
DIRIGIDA POR

ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

- I. Veloz Maggiolo (Marcio): *El Sol y las Cosas.*
- II. Fernández Spencer (Antonio): *Bajo la luz del Día.*
- III. Ruano, O. C. D. (P. Nazario): *Matrimonio.*
- VI. Lamouth Sánchez (Juan): *Introducción a la Tristeza.*
- V. Blonda (Máximo Avilés): *Las Manos Vacías.*

MAXIMO AVILES BLONDA

LAS MANOS VACIAS



ARQUERO

CIUDAD TRUJILLO, REPUBLICA DOMINICANA

1959

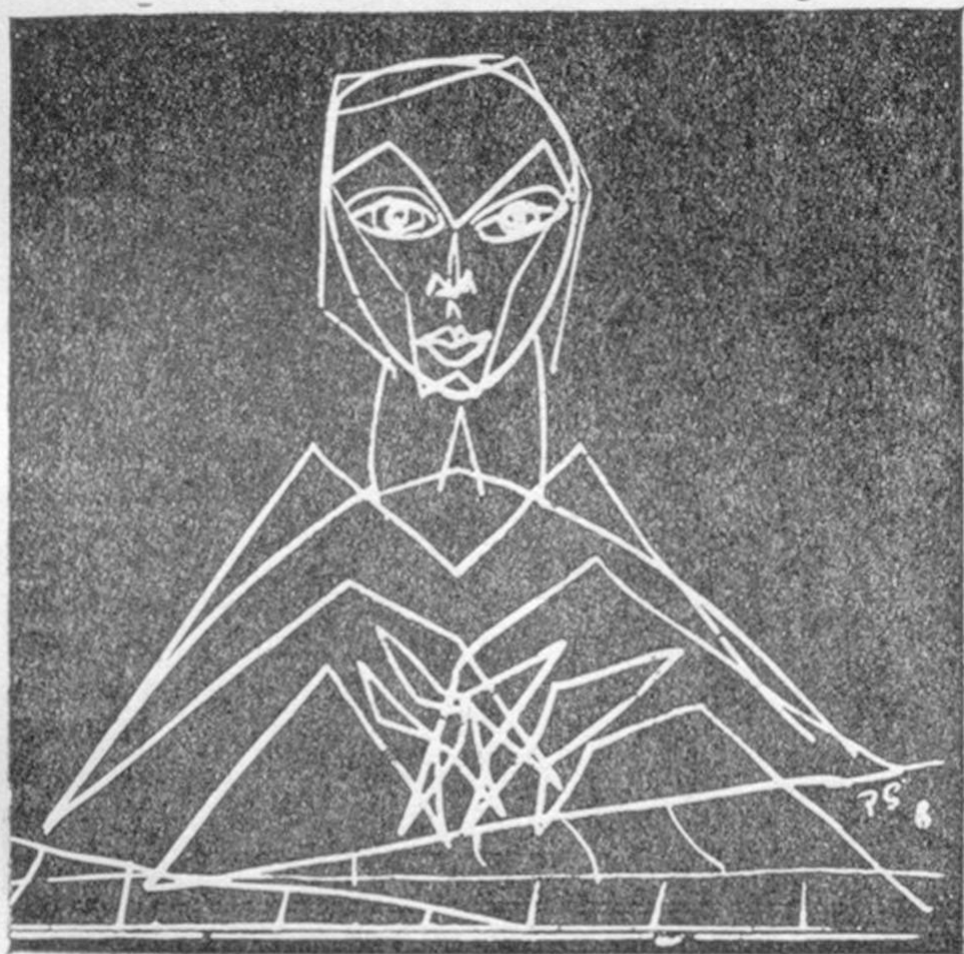
11574
lig

Víñeta de Domingo Liz

Publicado, 1959, por Máximo Avilés Blonda
Editora Arte y Cine.



BN
862.44
A958ma
e.2



Viñeta de Paul Giudicelli

Obsequio Sra. Mercedes de Antez

Reg. No. 33562



A mi Madre.

*A tí,
que me enseñaste a ver el mundo de una manera diferente.*

*A mis compañeros del Teatro Escuela de Arte Nacional y
a su director, Juan González Chamorro, quienes hicieron
posible el montaje de esta obra.*

*A mis alumnos de la Escuela de Arte Escénico (1958-1959),
a cuyo entusiasmo juvenil debo la realización de esta pieza.*

PREAMBULO

CUANDO escribí este ensayo, —que es la forma en que hasta el presente califico mi pieza—, no pensé la cantidad de sorpresas que existen en el mundo del teatro, el cual me era conocido única y exclusivamente a través de mi labor de intérprete, en la cual me tocaba, en la medida de mis posibilidades, dar vida a los personajes que otro había creado. Ahora la cosa era distinta, mi trabajo consistía en crear los personajes; otros, mis compañeros, les darían vida en la escena si la pieza llegaba a feliz término.

Durante varios días, quizás meses, sólo esta ocupaba mi atención. Comencé a tropezarme con mis personajes en todas partes, en la calle, en el cine, y por qué no decirlo, hasta en mi almohada. Hubo un momento en el cual me sorprendí dialogando con ellos. Algunos al principio me eran algo antipáticos, pero los necesitaba y tenía que tolerarlos. Después de tratarlos un poco más, los fui comprendiendo, no resultaban tan antipáticos como en los primeros momentos en que cobraron vida en mi imaginación. Solo me restaba por hacer lo principal: Colocarles en una situación dramática. Esta surgió de golpe una noche, empecé a escribir con ahinco y aquí está el resultado, pendiente del fallo del público.

Ahora bien ¿qué finalidad persigo con esta pieza? Me es trabajoso hallar una respuesta adecuada a semejante

pregunta, pero en cambio puedo asegurar que no ha privado en mí la intención polémica, ni me he propuesto presentar un caso de Teología Moral o Derecho Canónico, de los que dicho sea de paso, no entiendo ni jota. Solo he pretendido mostrar como el egoísmo y todas sus consecuencias, los conflictos bélicos y todos los problemas que estos traen consigo colocan a pobres seres inocentes, y la necesidad de que el hombre se responsabilice con la actitud que ha escogido libremente. Los conceptos de responsabilidad, sinceridad consigo mismo y altruismo, son capitales en mi pieza.

Por último si algún mensaje ha de traer mi ensayo, nada nuevo será. La solución que ofrece, tanto a los problemas materiales como espirituales del mundo, es muy simple, hace ya muchos años un galileo habló de ella en su tierra. Desgraciadamente nadie lo entendió. Tan simple es que se puede decir con seis palabras: "Amaos los unos a los otros".

M.A.B.

P E R S O N A J E S :

**EVA MOUNIER
MAURICIO MOUNIER
ELENA LUDEMBACH
FRITZ LUDEMBACH
SEÑORA KELLY
REV. GEORGE KELLY
JOSE
ALFRED GRUBER**

La acción del Acto Primero tiene lugar la noche de un jueves. El Acto Segundo, la tarde del sábado siguiente. El Acto Tercero, Cuadro I: Unos días después. Cuadro II: Después de unos días, en la tarde.

Esta obra fué estrenada por el Teatro Escuela de Arte Nacional, el 11 de febrero de 1959, en el Auditorium del Palacio de Bellas Artes con el siguiente reparto:

EVA MONINA SOLA
MAURICIO ARMANDO HOEPELMAN
HELENA NUBIA ULLOA
FRITZ IVAN GARCIA
SEÑORA KELLY CARMEN RULL
REV. KELLY RAFAEL GIL
JOSE JOSE ANTONIO ESTEVEZ
ALFRED GRUBER RAFAEL VASQUEZ

Decorado realizado por Luis Acevedo, Maquillaje: Juan Lacrespeaux, Electricista: Danilo Manzano, Efectos: Luis José Germán. Regidor de escena: Oscar Iglesias. Secretaria de Dirección: Antonia Blanco Montes.

Dirección y realización:
JUAN GONZALEZ CHAMORRO

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

La escena representa la sala de una familia acomodada. El mobiliario denota cierto buen gusto no exento de gran sencillez. Algunos cuadros y uno que otros adornos. Al fondo, la puerta que conduce a la calle. A la izquierda, otra puerta que lleva al interior de la casa. A la derecha una ventana que mira hacia el exterior. A un lado de la sala una mesa-escritorio. Al levantarse el telón la escena aparece vacía. Eva sale del interior de la casa con unas flores en la mano las cuales coloca en el florero que está sobre la mesa. Las arregla al tiempo que canturrea una canción. Se dirige a un espejo de pared y se mira. Se arregla un poco. Son más o menos las siete de la noche. La puerta de la calle se abre y entra Mauricio. Es un hombre de unos treinta y ocho años. Su rostro refleja cierta paz obtenida a fuerza de no recordar el pasado. Viene vestido de calle y trae un paquete de comestibles y algunas botellas de bebidas. Toda su persona denota gran alegría. Al entrar a la casa, besa a Eva. Pone el paquete sobre la mesa.

MAURICIO:

—Son los vinos que me pediste, han resultado más caros de lo que pensaba.

EVA:

—Tardaste bastante, ya deben estar al llegar los invitados.

MAURICIO:

—¡Por Dios! Dices invitados, de una manera que mete

miedo. Cualquiera diría que estás esperando a los señores embajadores para una cena en la cancillería.

EVA (*Alegre*):

—Nada tiene de malo que en nuestro aniversario de bodas guardemos un protocolo diferente.

MAURICIO:

—¿A quiénes invitaste?

EVA:

—A Fritz y a Elena, al reverendo Kelly y a su esposa.

MAURICIO:

—Me parece que no es nuestro aniversario si no está presente José.

EVA:

—Dudo que regrese hoy. Tiene un negocio importante en perspectiva y hace un recorrido por varias provincias en compañía de un señor alemán, representante de una gran industria de Munich.

MAURICIO:

—Es raro que no haya enviado por lo menos, un telegrama de felicitaciones.

EVA:

—A lo mejor se le ha olvidado.

(Mientras Mauricio habla Eva se ha dirigido a la ventana y mira).

EVA:

—Me pareció oír el ruido de un automóvil. Deben ser Fritz y Elena, ya que el reverendo y su esposa vienen a pie por hacer ejercicio. (*Mira por la ventana*) Sí, son ellos. Lleva los vinos al comedor, yo les abriré.

MAURICIO:

—¿Está dormido el niño?

EVA:

—Si; por suerte que no dió trabajo dormirlo. Gracias a que tú no estabas aquí. Te pones a jugar con él, lo desvelas y...

MAURICIO (*Remedándola*):

—“Luchas más de lo debido con el niño, eso aparte de que lo consientes demasiado”. (*Ríe*) Siempre dices lo mismo. ¿Pero no te das cuenta de lo que el niño y tú representan para mí? Si; quisiera ser muy rico para pasarme el día entero con los dos, y cuando el niño vaya a la escuela, matricularme con él. (*Sonriendo*) De todas maneras, no recuerdo si fuí a la escuela nunca.

EVA:

—Dáte prisa, que ya están aquí.

(*Mauricio sale, no sin antes haber enviado un beso a Eva con la mano. Se escucha ruido de personas que hablen. Eva abre la puerta*)

EVA:

—Por favor Mauricio, no lo despiertes.

(*Entran Fritz Ludembach y Elena, su esposa, ambos son jóvenes. El es alemán y ella dominicana. Visten elegantemente, pero con gran sencillez*).

ELENA (*Besando a Eva en la mejilla*):

—Quería venir a ayudarte, pero me fué imposible, la cocinera se fué y tuve que preparar la cena de los niños y ayudar en algunos quehaceres a la sirvienta.

FRITZ (*Mira a Elena. Esta le contesta que sí con la cabeza. A Eva*):

—Mis felicitaciones! (*Le extiende la mano*).

EVA:

—Gracias. Por favor, siéntense.

ELENA:

—¿Viene tu madre esta noche o aún sigue enferma? Te lo pregunto porque le ofrecí conseguirle unos diseños y unos hilos de bordar y no he tenido tiempo de buscárselos.

EVA:

—No te preocupes. Aún cuando está levantada ya, el médico no quiere que salga todavía. Hace un rato me llamó por teléfono. Sabes lo bien que cocina, de manera que me ha hecho mucha falta.

ELENA:

—Entonces podré ayudarte... ¿o es que he llegado demasiado tarde?

EVA:

—Bueno... "Por hacer" no queda gran cosa, sólo arreglar la mesa y en eso puedes ayudarme. (A Fritz) Mauricio acaba de llegar y supongo que el reverendo Kelly está terminando el sermón del domingo próximo, mientras su esposa, con gran esfuerzo, procura ante el espejo, disimular su edad. En cuanto a José, no creo que venga. Está de viaje.

FRITZ:

—Pero para evitarte tanto trabajo como has tenido, hubiera sido mejor ir a un Club. Habríamos pasado una gran noche.

ELENA:

—Es cierto, pero habría costado demasiado.

FRITZ:

—Todos hubiéramos contribuído.

EVA:

—Eso es lo de menos, pero quizás el reverendo no hubiera querido ir.

FRITZ:

—Ni hubiera hecho falta, estoy hasta aquí (*Señala con el dedo la frente*) de sermones. Además... ustedes no son anglicanos, ¿verdad?

EVA:

—No. Somos católicos. Mejor dicho, lo soy yo. Mauricio es un poco frío en eso de religión. Cuando nos casamos constituyó un grave problema nuestro matrimonio religioso. No apareció la Fé de Bautismo de Mauricio y fué necesario hacer no sé qué serie de trámites jurídicos o canónicos, para celebrar la boda. Recuerdo que Mauricio echó chispas contra los curas. Por suerte logré calmarlo un poco, y todo llegó a feliz término.

ELENA:

—Bueno, después de todo, los esposos Kelly son muy simpáticos.

FRITZ:

—Y muy viejos.

EVA:

—La amistad de Mauricio con el reverendo Kelly es anterior a nuestro matrimonio. Se conocieron en Martinita donde estuvo Mauricio antes de venir a vivir aquí. Fué el reverendo Kelly quien le sugirió que viniera a la República Dominicana. Había estado aquí antes, conocía bien el país y le gustaba, y pretendía por entonces la parroquia que tiene en la actualidad.

ELENA:

—De manera que los esposos Kelly son más amigos de Mauricio que tuyo.

EVA:

—En cierto modo, sí. Pero lo he tratado a él más que a su esposa. Le tienen mucho cariño al pequeño Mauricio y siempre le están haciendo regalos. *(Riendo)* Además al reverendo Kelly le debo indirectamente mi matrimonio.

(Aparece Mauricio en la puerta de la izquierda. Viste un traje más elegante que el simple traje de calle con que apareció al iniciarse el acto).

MAURICIO:

—¡Mis queridos amigos! Buenas noches.

EVA:

—¿Por qué no les preparas unos cocteles?. Me entretuve conversando y no les ofrecí absolutamente nada.

FRITZ:

—No me vendría mal dos o tres copas. He tenido hoy un día que... ¡Bueno!

(Mauricio se dirige al bar. Comienza a preparar los cocteles. Se vuelve con la coctelera en la mano y se dirige a Eva):

MAURICIO:

—Querida.

EVA:

—Dime.

MAURICIO:

—¿Por qué José no se ha llevado todavía ese revólver? Ya no lo necesita, y no veo la razón de que esté aquí.

EVA:

—No sé; lo habrá olvidado. Cuando regrese se lo recordaré.

MAURICIO (*Se dirige de nuevo al bar*):

—Bien Fritz, dentro de poco te podrás tomar esas copas que tanto deseas.

FRITZ (*Mauricio comienza a servir las copas*):

—A propósito Mauricio, he estado pensando en esos terrenos que en días pasados anunciaron en el periódico. ¿No lo conoces?

MAURICIO:

—No.

FRITZ:

—Voy a venir a buscarte en estos días para que los veas. He estado en conversación con los dueños. Si me hacen una pequeña rebaja los compro. Tienen un río cercano y además colindan con la propiedad de los tíos de Elena, que pienso comprar.

MAURICIO:

—Te acompañaré cuando gustes, pero te advierto que no entiendo gran cosa de terrenos.

FRITZ:

—Tu consejo siempre me será útil. ¿Qué te parece pasado mañana, sábado por la tarde?

MAURICIO:

—Déjame ver... hoy es...

FRITZ:

—Jueves.

MAURICIO:

—Bien, el sábado a las dos y media de la tarde.

FRITZ:

—Sí.

MAURICIO:

—¿Hora exacta?

FRITZ:

—¡Hora exacta!

(Suena el timbre. Eva se dirige a la puerta y la abre. Entran el reverendo Kelly y la señora Kelly. Ambos son personas mayores. El viste el traje que los clérigos ingleses usan para salir a la calle. Ella viste con cierta modestia, pero trata, sin coquetería, de disimular su edad. De ellos podríamos decir que son dos viejecitos tristes. Ella no luce tan mayor como él, no podría decirse que ambos chochean, no obstante, hablan muy lentamente como si meditaran todo lo que van a decir. Quizás tal cosa se deba a la excesiva disciplina religiosa. Ella a veces parece revelarse. Pero de inmediato recuerda que es la esposa de un sacerdote de la iglesia Episcopal de Inglaterra).

KELLY:

—Muy buenas noches. *(Por Eva)* Supongo que cenaremos antes de las doce.

EVA:

—Naturalmente reverendo.

KELLY:

—Lo digo porque después de esa hora será viernes y no deberíamos comer carne, porque al ser viernes es día de abstinencia.

EVA:

—No se preocupe reverendo, si tal cosa sucediera, tanto para usted como para su esposa prepararíamos algo especial.

SRA. KELLY:

—No quisiéramos causarles ninguna molestia, pero George siempre se ha empeñado que yo guarde todos los

viernes del año, como lo manda la iglesia anglicana, y, desgraciadamente, no tengo con qué compensar la falta de carne ya que soy alérgica a toda clase de mariscos.

KELLY (*Sonriendo*):

—Un poco de ayuno no te vendría mal, querida.

EVA:

—¿Conocen a los esposos Ludembach?

KELLY:

¡Mucho gusto!

FRITZ:

—Encantado, reverendo.

SRA. KELLY:

—¿Cómo está usted señora?

ELENA:

—¡Mucho gusto, señora!

MAURICIO (*Repartiendo copas*):

—Señora Kelly, ¿cómo está usted? (*Ligero saludo de la señora Kelly*) Ya vé usted reverendo...

EVA:

—Ya que esta es una reunión internacional, una pequeña liga de naciones, quiero decir a esta ilustre asamblea, que el idioma que adopten para los debates sea el castellano, primero: porque estamos en mayoría (*Repara en los esposos Kelly*) Ah no, perdón, los ingleses y los dominicanos, estamos en la misma proporción, Elena... A ver, el reverendo Kelly y la señora Kelly: dos votos para Inglaterra; Elena y yo, dos votos para Santo Domingo, estamos a la par, Fritz, un voto para Alemania...

FRITZ:

—Del Este.

MAURICIO:

—Y Mauricio, un voto para Francia...

MAURICIO:

—Sabe Dios para quién, mis credenciales no están muy claras.

KELLY:

—Estoy de acuerdo con Eva, debemos adoptar el castellano, primero porque es la lengua materna de nuestra querida agasajada, y segundo, porque yo personalmente, sólo hablo el castellano, aparte de mi idioma de nacimiento.

EVA:

—Pero cuando usted estuvo en Martinica, debió hablar el francés...

KELLY:

—Lo machacaba, señora, lo machacaba. Pero esos verbos irregulares... "Oh Madame, C'est terrible".

FRITZ:

—Aprobado por unanimidad, a condición de que me sirvan otra copa, de lo contrario, veto la resolución. (*Todos ríen. Mauricio vuelve a llenar las copas, mientras Eva sirve una bandeja de bocadillos.*)

KELLY:

—Perdone usted Mauricio, hace un rato me iba a decir algo.

MAURICIO:

—Si, y entretanto, Eva tomó la palabra. Le iba a decir que contemplara su obra: siete años de felicidad, y en el interior en una cunita muy tibia, una hermosa criatura que duerme plácidamente.

KELLY:

—Dice usted “su obra”, como si yo hubiera bendecido sus bodas.

MAURICIO:

—No es precisamente su bendición lo que ha hecho mi felicidad, sino la idea que me dió de venir a este hermoso país (*Abrazando a Eva*) y de conocer a la mujer más buena.

EVA:

—Por favor, querido, no te excedas en los cumplidos.

KELLY:

—Si fueran ustedes unos cristianos practicantes...

EVA:

—Mi querido reverendo (*Al tiempo que le hace un guiño amable*) —deje sus sermones para sus feligreses, bien sabe usted que Mauricio es algo frío como religioso y que yo... que yo, soy católica, apostólica y romana.

KELLY:

—Cualquier religión es buena si se vive conforme a los principios de Cristo, si se cumple con los deberes de la iglesia de...

EVA:

—Reverendo, reverendo, no tiene usted derecho a juzgarnos, ni mucho menos a tratarnos como inmundos pecadores.

SRA. KELLY:

—George, no nos amargues la noche con problemas religiosos. Hemos venido a aquí a divertirnos, que bastante lo necesitamos. Por una noche, siquiera por esta noche, haznos la caridad, fíjate bien, la caridad, de olvidarte que eres ministro del Señor. Porque si sigues voy a olvidarme

de que soy la esposa del ministro y... bueno, hasta me voy a emborrachar.

KELLY:

—¡Querida! Un sacerdote lo debe ser las veinticuatro horas del día.

ELENA:

—¿Aún mientras duerme?

KELLY (*Captando la insinuación*):

—El sueño debe ser la preparación de un nuevo día al servicio del Señor...

FRITZ (*Cortándole*):

—Mauricio, es una lástima que José no esté presente, nos hubiera contado sus últimas aventuras.

MAURICIO:

—Es de lamentar. Tiene una manera encantadora de mentir, y lo hace con una serenidad que asombra.

ELENA:

—Verdaderamente hace falta.

KELLY:

—¿Aún no habla de matrimonio?

EVA:

—No. Creo que será un caso de perpetua soltería. Está demasiado acostumbrado a las aventuras y dice que aún no ha encontrado su tipo.

KELLY:

—No debemos buscar el tipo físico, sino la compañera, la mujer que no solo nos entregue las caricias sino que sea bastón en que apoyarnos en medio del camino de la vida.

SRA. KELLY:

—Por Dios, George, suelta al Dante que sé lo que viene siempre después de citarlo.

ELENA:

—¿Tienen ustedes hijos, reverendo?

SRA. KELLY:

—Tuvimos uno solo, y nos lo arrebató la guerra...

KELLY:

—Perteneía a la Real Fuerza Aérea. Una noche, su avión fué destrozado por el fuego de una batería alemana. Recibimos la noticia en Londres, estábamos allí en una conferencia religiosa. Aquella mañana había estado en el Palacio de Lamberth, y me sentía feliz (*Pausa breve*).

SRA. KELLY:

—Era muy joven y aunque siempre fué muy fuerte, algo me decía que moriría tempranamente.

MAURICIO:

—Por suerte tiene usted el consuelo de la fé, de la religión. Su obra de apostolado reverendo, le consuela a usted la pérdida de su hijo.

KELLY:

—Sólo Dios sabe lo que hemos sufrido. No hay consuelo bastante para los padres que pierden sus hijos.

FRITZ:

—Esa maldita guerra!

KELLY:

—No hay que maldecir. Hasta el mal es necesario a veces. Nos hace recordar cuánto le debemos a Dios.

ELENA:

—Podría Dios valerse de otros medios para recordárnoslo.

MAURICIO:

—¡Por favor, Elena!

KELLY:

—No debemos echarle la culpa de todo a Dios. Cuando creó al hombre le dió el libre albedrío.

MAURICIO (*Repitiendo como en un sueño para sí*):

—¡El libre albedrío!

EVA:

—No nos pongamos demasiado serios. Recuerden que esto pretende ser una fiesta de aniversario de bodas. Mauricio, renueva la existencia de cocteles.

KELLY:

—Yo no deseo más. Estas mezclas me hacen un daño atroz. (*Por la señora Kelly*) —Querida, creo que tú tampoco deberías de tomar más. Un traguito como aperitivo ya está bien.

SRA. KELLY:

—Si a tí te hacen daño las mezclas, a mí no. Mauricio a mi puede servirme otra copita. (*Mirando al reverendo*) y por favor un poco fuerte.

KELLY:

—¡Querida!

EVA:

—Reverendo, deje usted que se divierta. Si es cierto que el cielo se gana a costa de sufrimientos y buenas obras, ya ha sufrido bastante. Yo no me resignaría a perder a mi hijo... y si se tratara de Mauricio, igualmente.

MAURICIO (*Riéndose y con cierto aire romántico de fin de siglo*):

—“Sólo la muerte podrá separarnos”.

EVA:

—Ni ella querido, porque te seguiré donde estés. (*Ríe alegremente*).

KELLY:

—Dice usted que es cristiana y el primer deber del buen cristiano es la resignación.

EVA:

—El conformismo no ha dejado prosperar a muchos pueblos.

KELLY:

—El no conformarse trajo la desgracia de Alemania.

FRITZ:

—No creo que haya sido el no conformarse, lo único que trajo la desgracia de Alemania, hubo razones más poderosas.

MAURICIO:

—La guerra es algo ya lejano. Los que sufrimos las consecuencias de ella preferimos no hablar de eso. (*A Fritz*) Tú eres joven, aunque alemán, aquello te sorprendió lejos del campo de batalla.

FRITZ:

—Pero, mientras duró, no obstante ser casi un niño, estuve interno en un campo de sospechosos.

MAURICIO:

—Lejos de tu patria, y no en muy malas condiciones.

FRITZ:

—Las buenas o las malas condiciones, no importan si no hay libertad.

MAURICIO:

—De acuerdo, pero imagina mi caso, no es egoísmo, pero creo que es más duro que el tuyo... Yo estuve inter-

nado en mi misma patria. Ni siquiera sé el motivo, lo he olvidado por completo... Tal vez fuí un desertor... Quizás era un pacifista y me alistaron y al obligarme a luchar y no hacerlo me encerraron. Es terrible no recordar.

SRA. KELLY:

—¿Pero no recuerda usted absolutamente nada?

MAURICIO:

—A ratos me vienen a la memoria pedazos de mi infancia. Recuerdo entonces hasta algunos juguetes que tuve de niño. Después, de golpe, todo vuelve a ser oscuro... Entre mi infancia y mi presente hay un gran espacio negro y profundo como un pozo... A veces trato de asomarme a él y repito mi nombre... Y este me lo devuelve multiplicado por un eco fuerte, terrible...

KELLY:

—No se atormente.

EVA:

—El futuro de tu hijo y el nuestro deben bastarte.

MAURICIO:

—Lo pones muy fácil, querida, El futuro, no me preocupa tanto, trato de resolvérselo lo mejor que pueda a mi hijo y a tí... Pero tú tienes un pasado, tienes recuerdos... Mi hijo los tendrá. Yo en cambio nada tengo. Me dá la sensación de que he venido al mundo con las manos vacías.

KELLY:

—Todos venimos al mundo con las manos vacías.

SRA. KELLY:

—Cierto.

MAURICIO:

—Sí, y desnudos, es verdad. Pero si bien es innega-

ble que no recordamos nuestros primeros años, hay un límite donde comienza el recuerdo... Para mí, ese límite no existe... Todo es igual... Y eso me produce cierta sensación angustiosa, cierto vértigo. Me hace sentir como una sombra.

SRA. KELLY:

—Después de todo, nadie se conoce bien.

FRITZ:

—“Conócete a tí mismo”, dijo... creo que fué Sócrates ¿no?... Si los hombres se conocieran mejor no habrían tantos males en este mundo.

KELLY:

—Los males presentes se justifican por la existencia de bienes ulteriores.

SRA. KELLY:

—Debe haber muchos bienes ulteriores, puesto que hay tantos males actuales.

KELLY:

—¡Querida, por favor!

ELENA:

—No han podido ustedes escoger noche mejor para ponerse serios. Vamos Eva, lleguémonos a la cocina a ver como están las cosas. No me agradecería aceptar tu invitación sin ayudarte en algo.

SRA. KELLY: (*Poniéndose en pié*):

—¿Podría ver al pequeño Mauricio?

EVA:

—Siempre y cuando hagamos el menor ruido posible para no despertarlo. (*Mutis*).

MAURICIO:

—Nos huyen. No desean que hablemos de cosas serias.

KELLY:

—La alegría complace a Dios.

MAURICIO:

—Cuando hay motivos para estar alegre, no lo discuto. Pero yo, personalmente, no creo que engañe a Dios con mi alegría.

KELLY:

—A Dios nunca se engaña, creemos engañarlo, pero nos equivocamos.

FRITZ:

—Parece ser que jamás acepta nuestras trampas.

KELLY:

—¿Es usted religioso señor Ludembach?

FRITZ:

—¿Cree usted que se puede ser religioso en estos días?

KELLY:

—Sí, ya sé, la ciencia.

FRITZ:

—Para mí la ciencia ha ocupado el lugar de la religión.

MAURICIO (*Mientras sirve un vermouth al reverendo*):

—Pero, ¿a qué se reduce el progreso científico de un país hoy en día? Al poder de matar mayor cantidad de personas, con menor esfuerzo en el lapso más breve.

KELLY:

—Es verdad.

FRITZ:

—Pero también se lucha contra las enfermedades.

MAURICIO:

—En menor escala que en favor de la muerte. Hoy en día no dejan que nadie gane su libertad por sí mismo. Se la dan desintegrándolo.

FRITZ:

—Siempre ha habido guerras.

MAURICIO:

—Pero ninguna tan cruenta como la pasada. Antiguamente se luchaba por un ideal, por algo que quizás podría no ser noble, pero que por lo menos justificaba la lucha. Hoy en día nadie sabe por qué se pelea. Somos como piezas de una maquinaria, al apretar un botón, nos ponemos en movimiento y arrasamos con todo lo que se nos cruce en nuestro camino...

KELLY:

—Ciertamente...

MAURICIO:

—Sin distinguir al hermano, al amigo... ¿Meta? Los políticos sabrán cuál es. El simple soldado no la sabe, la ignora, solamente se le dice que mate y mata, hasta que una bala se apiada de él.

KELLY:

—Soy pacifista, pero si la patria peligr.

MAURICIO:

—Sólo los políticos confunden la patria con un concepto geográfico. Patria no es donde uno nace, sino donde se es feliz.

FRITZ:

—Eso es verdad, yo me siento tan dominicano como si hubiera nacido aquí, y es porque he sido feliz en esta tierra.

MAURICIO:

—Te envidio, yo no soy de ninguna parte porque ignoro qué es la felicidad.

FRITZ:

—Nuestras esposas estarán muy entretenidas conversando de recetas culinarias, vestidos, etc. y nosotros aquí tan solemnes, queriendo arreglar el mundo, cada cual a su manera: el reverendo Kelly por la oración, tú por...

MAURICIO:

—El arrepentimiento, la contricción y el firme propósito de enmienda.

FRITZ:

—Sí; queremos arreglar el mundo, pero la verdadera solución está en la ciencia... cuando todos los países tengan igual grado de progreso científico y material, ninguno se atreverá a ofender a su vecino. Habrá una paz perpetua porque esta comienza en el mutuo temor.

MAURICIO:

—Yo no quiero esa paz; es más, no creo en ella, la paz supone tranquilidad tanto interior como exterior.

KELLY (Mecánicamente):

—“Mi paz os dejo, mi paz os doy”.

MAURICIO:

—Hablas de naciones como si no estuvieran habitadas por hombres, pero ignoras que lo que desaparece en las guerras son los cuerpos, los hombres, que el espacio geográfico que forma una nación sigue ahí, que si bien sus fronteras pueden variar conforme al derecho o a la fuerza eso no modifica en nada la naturaleza humana. La paz del mundo sólo puede estar edificada en el amor... Pero, ¿Puedo yo arrepentirme de mis pecados si ignoro si los he cometido? ¿Qué hago, pues, con el avance cientí-

fico? ¿De qué me sirve? Me quedo con el amor y aunque no he oído dar al reverendo su solución para los problemas del mundo, tú te aventuraste a decir que era la oración... y no es ésta, acaso una fortuna de amor? Conversamos con Dios, rezando, le pedimos la dicha, la paz, porque él todo nos lo concede por el amor... (*Transición*) pero yo no veo que Dios escuche al hombre... (*Con profunda tristeza*) A mí por lo menos no me ha escuchado.

KELLY:

—Es que no tiene usted la suficiente fé en Dios.

MAURICIO:

—No lo crea reverendo, cuando despierto de noche le ruego de todo corazón que me señale el camino, que me indique qué debo hacer... Pero seguramente debo haber sido muy malo, porque Dios no se apiada de mí.

KELLY:

—El tiene oídos para todos, para el bueno y para el malo arrepentido. Por otra parte, aún suponiendo que fuera un criminal el hecho de su amnesia prueba que está arrepentido, que ha querido olvidar el mal que ha hecho, y Dios siempre perdona a quien se arrepiente.

MAURICIO:

—El hecho de mi amnesia sólo probaría mi cobardía al no afrontar la realidad. Si hice un mal, debo repararlo.

KELLY:

—¿Y no crees que esa angustia que dices sentir sea un castigo suficiente o mayor aún que el poco daño que debes haber cometido?

MAURICIO:

—No, no es suficiente. Debe existir una conciencia del castigo y éste debe ser proporcional al mal hecho. Y aunque en realidad, no sé lo que hice...

KELLY:

—Pero si fuese usted un criminal, como pretende insinuar, las autoridades de su país lo hubieran buscado, hubieran realizado pesquisas, y nada han hecho.

MAURICIO:

—Sin embargo yo me siento perseguido. A veces creo que alguien sigue mis pasos. Me vuelvo y a nadie veo. Si viese a alguien sería un alivio... Pero esa nada es algo abrumador.

KELLY:

—Mauricio, quizás sea demasiado impaciente, Dios se vale de muchos medios para hacernos comprender las cosas, pero la paciencia es una de las virtudes más caras a los ojos del Señor .

MAURICIO:

—Reverendo, ¿nunca se ha sentido usted como un hombre en medio de un mar turbulento, que lucha por nadar, pero de repente se cansa y se abandona? Así me siento yo.

KELLY:

—En una ocasión estuve a punto de sentirme así, pero no sucedió porque tenía un madero, un salvavidas al cual asirme.

MAURICIO:

—Sí, Dios.

KELLY:

—Para tener ese salvavidas se necesita primero creer en El. ¿Está usted seguro de creer en Dios, Mauricio?

MAURICIO:

—Creo que sí... Pero el otro, el que yo era antes ¿creía en Dios?

KELLY:

—No importa el otro. Lo que interesa es que quien es usted ahora crea en El. Eso basta.

MAURICIO:

No, no basta. Porque si algún día recuperara la memoria y con ella mis antiguas ideas, este presente en el cual usted tanto cree quedaría borrado de golpe.

KELLY:

—Cuando se cree en Dios firmemente aunque sea por un instante algo queda en nosotros.

(Antes de decir el reverendo las palabras anteriores aparece Eva).

EVA:

—La cena está lista, no tarden mucho que se enfría.

FRITZ:

—Tengo un hambre estupenda.

(Todos se disponen a salir, pero en el momento de hacerlo un timbrazo los detiene a todos. Mauricio se dirige y abre la puerta. Entra José, es un joven de 24 a 27 años, sus modales son alegres, se nota rápidamente que es un tipo educado).

JOSE (A Mauricio):

—¡Hola, viejo! (A los demás) —¡Salud, señores! (Se dirige a Eva) —¡Mi querida hermanita! (La besa).

EVA:

—Bebiste más de la cuenta.

JOSE:

—Sólo unas copas como aperitivo. (A Mauricio)
—Creías que no vendría ¿eh? Pues aquí me tienes; tardío pero seguro, y acompañado. (Señala a la puerta) —Supongo que no te molestará.

MAURICIO:

—De ninguna manera. (*Se adelanta a la puerta, donde semiculto en la penumbra está Alfred Grüber de unos 65 años. Muy pulcro. Toda su persona refleja cierto aire marcial, a primera vista se puede decir, sin investigar mucho, que es un militar de escuela*) Pase usted, caballero, está en su casa.

JOSE (*Adelantando un paso hacia las dos personas que están en la puerta*):

—Mí cuñado Mauricio Mounier.

MAURICIO:

—Mucho gusto.

GRUBER (*En voz baja*):

—¡Usted! (*Al ver a Eva que se ha acercado*) . . . Mucho gusto.

JOSE:

—Mi querida hermana de quien tanto le he hablado en el camino.

EVA (*Con cierto aire extraño*):

—Encantada.

GRUBER:

—El gusto es mío señora. (*Junta los talones a la manera militar*).

JOSE:

—El reverendo Kelly, párroco de la iglesia anglicana.

GRUBER (*Inclina la cabeza*)

—Mucho gusto.

KELLY:

—¿Cómo está Ud?

JOSE:

—Y un compatriota suyo, Fritz Lubenbach.

FRITZ (*Con un aire de broma, hace un saludo nazi*):

—Deutschland über alles.

GRUBER (*No le ha gustado la broma y se queda con la mano extendida, al tiempo que la retira dice*):

—No hablemos de esas cosas que bastante problemas nos ha traído.

EVA:

—Llegaron a tiempo, ahora justamente nos dirigíamos al comedor.

GRUBER:

—Nosotros hemos cenado ya.

JOSE:

—Pasen al comedor. El señor Grüber y yo tomaremos un cognac, ¿verdad?

GRUBER:

—Bien.

EVA:

—No debieron cenar fuera, sobre todo tú que sabías que hoy es nuestro aniversario de bodas, ¿no es cierto Mauricio?

MAURICIO (*Preocupado*):

—Claro, querida.

JOSE:

—¡Ah! Perdona, aquí tengo un pequeño regalo para tí. (*Le extiende un paquete a Eva*).

EVA (*Abriendo el regalo*):

—Mi colonia favorita.

JOSE:

—Para que veas que no te olvido. (*Eva le abraza y besa*).

FRITZ:

—Eva, querida, tengo hambre y presumo que Mauricio y el reverendo también. Si José y el señor Grüber cenaron, nosotros no.

EVA:

—Bien, pasemos al comedor.

(*En la escena quedan José y Grüber. El primero se dirige al bar y prepara dos copas al tiempo que dice*):

JOSE:

¿Es usted casado señor Grüber?

GRUBER:

—Soy viudo, mi esposa murió durante la guerra. Teníamos dos hijos. En la actualidad ignoro si viven. Supongo que habrán muerto. (*Eva aparece en la puerta mientras el señor Grüber sigue su relato*). Yo era militar pero me hirieron en el campo de batalla, no era ya muy joven digamos, y para no declararme completamente inútil me encargaron de un campo de prisioneros en Alsacia... Allí... conocí a su cuñado.

JOSE:

—¿Qué dice usted? (*Eva avanza y se enfrenta a Grüber. Este al notar su presencia se pone en pié*).

EVA:

—Tan pronto entró usted en esta casa noté que conocía a mi esposo. Ignoro si sabe que hace tiempo padece de amnesia. Yo lo quiero así, vacío de recuerdos. El no lo ha reconocido aunque en sus ojos vi cierta preocupación. Me costó gran trabajo buscar un pretexto para de-

jar la mesa y venir a hablarle... Le suplico, por mí, por mi hijo, que si sabe algo que pueda acabar con nuestra felicidad, calle, calle por favor, le quedaré eternamente agradecida por su silencio.

GRUBER:

—Bien señora (*Pausa*).

EVA (*Con cierta curiosidad*):

—¿Qué era? ¿Un ladrón, un asesino... acaso un desertor?

GRUBER:

—No señora, algo más puro... un sacerdote católico.

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

La misma escena del acto anterior dos días después. Es de tarde. Al levantarse el telón, Eva, con evidente tranquilidad está leyendo una revista. No es la misma del primer acto. Toda su persona denota cierta tensión. Nerviosamente se levanta, va a la ventana que da a la calle y mira. Luego se dirige al teléfono, comienza a marcar un número, pero se arrepiente. Se pasea de un lado a otro.

MAURICIO (*Desde dentro*):

—¿Ha llegado Fritz, Eva?

EVA:

—Aún no.

(Mauricio aparece por la parte de la izquierda. Sale anudándose la corbata. Evidentemente se prepara para salir).

MAURICIO:

—Espero que no tarde, siempre ha sido muy puntual. ¿Por qué no vienes con nosotros?

EVA:

—Prefiero quedarme. Debo arreglar la habitación del niño y ordenar un poco tus papeles.

MAURICIO:

—Te noto rara en estos días, Eva. ¿Te sientes bien?

EVA:

—Perfectamente, querido.

MAURICIO:

—Si lo deseas me quedo. Le digo a Fritz cualquier cosa, que no me siento bien, que tengo trabajo o algo por el estilo.

EVA (*Rápidamente*):

—De ninguna manera. Le prometiste ir hoy. Recuerda que espera tu opinión para realizar la compra. Además no tengo nada que amerite que te quedes, quizás esté un poco cansada del trajín de la casa, nada más.

MAURICIO:

—Bien querida, como quieras. Cumpliré mi promesa. Pero si no llega pronto le dirás que pase por mí a la oficina. No puedo desperdiciar tanto tiempo.

(Mauricio se dirige a la puerta que conduce al interior de la casa y hace mutis. Eva después de haberse cerciorado de que Mauricio no está cerca toma el directorio telefónico. Busca en él y luego marca un número. Vuelve a colgar porque está ocupado. Espera un rato, mira de nuevo hacia el interior por donde se ha ido Mauricio, vuelve al teléfono y marca de nuevo).

EVA:

—Sí... Con el señor Alfred Grüber... Habitación 201... Bien, gracias. Esperaré. (*Mientras aguarda respuesta mira con inquietud hacia la puerta por la cual ha salido Mauricio, luego escucha al teléfono*) ¿Hola? ¿Sí? ¿Ha salido ya? ¿Qué tiempo hace? Gracias.

(Eva cuelga el teléfono al mismo tiempo que aparece Mauricio y pregunta con gran naturalidad)

MAURICIO:

—¿Con quién hablabas?

EVA (*Vacilante*):

—Con... mamá.

MAURICIO:

—¿Está mejor? (*Se dirige a la ventana y mira al cielo*)

EVA:

—Ya casi está bien. Deseaba que le llevara al pequeño Mauricio esta tarde, pero está invitado a un cumpleaños.

(Eva se detiene en la ventana del fondo y después de cerciorarse de si alguien viene, vuelve al centro de la escena. Toma una revista y comienza a hojearla. Todo este movimiento debe realizarse lo más rápidamente posible)

MAURICIO (*Consultando su reloj*)

—¿Esperas a alguien?

EVA:

—No. Miraba si llega Fritz.

MAURICIO:

—Si viene el pagador de la oficina dile... No mejor voy y le explico yo mismo, Fritz tarda demasiado. (*Besa a Eva al salir*) Hasta luego (*Hace mutis por la puerta que conduce a la calle*)

EVA:

—¡Que te vaya bien!

(Eva después de acompañar a Mauricio deja la puerta entreabierta y vuelve a la ventana, contempla durante un rato la calle. Su impaciencia se nota a través de todos sus gestos. Suena el teléfono. Eva deja la ventana, se dirige a él y contesta la llamada).

EVA:

—Si, soy yo... ¡Ah! ¿Qué tal Fritz? No te conocía... No. Salió hace un rato, se cansó de esperarte y se fué a

la oficina, me indicó te explicara que pasaras por él allí...
¿Lo llamarás por teléfono? Bien... Hasta luego. (*Al tiempo de colgar entra José*)

JOSE (*Besando a Eva*):

—¿Qué hay de nuevo, Eva?

EVA:

—Ya ves...

JOSE:

—Al venir me encontré con Mauricio. Me dijo que proyectaba ir al campo con Fritz, y le pedí prestado su bulto de mano azul, ese que es tan cómodo. Me dijo que lo tenías tú.

EVA:

—Voy a buscarlo. (*Sale y regresa de inmediato con el bulto*). Aquí tienes. (*Se lo entrega después de haberlo sacudido*) —¿Cómo está hoy mamá?

JOSE:

—Yo la encuentro perfectamente. Se vive quejando, pero lo que más tiene son achaques de vejez. ¿Vas allá hoy?

EVA:

—Probablemente.

JOSE:

—Me gustaría que la acompañaras un rato, voy de viaje esta noche y regresaré el lunes.

EVA:

—Trataré de complacerte pero no tengo mucho ánimo de salir.

JOSE:

—Te ha afectado mucho la noticia acerca de Mauricio. Nunca pensé que te haría tanto efecto.

EVA:

—Supongo que no le habrás dicho nada a nadie.

JOSE:

Pierde el cuidado. Sé guardar secretos. (*Eva se dirige a la puerta que José ha cerrado y la abre como si alguien de repente fuera a entrar. José nota lo que hace. Pausa*). Ten mucho cuidado.

EVA:

—¿Cuidado de qué?

JOSE:

—Sé que estás esperando al señor Grüber. Aquella noche me contó todos los detalles... Ahora, te confieso que no me gusta que estés realizando investigaciones a escondidas de Mauricio, si 'se entera no le va a gustar.

EVA:

—Comprenderá que lo hago por su bien.

JOSE:

—También por ti.

EVA:

—Sí... y por el niño. ¿Por qué no decirlo? Soy joven, no escogí libremente esta situación, por tanto no tengo por qué aceptarla. Tengo derecho a luchar.

JOSE:

—No te lo reprocho, Eva. Simplemente te digo que tengas cuidado.

EVA:

—Te agradezco tu preocupación...

JOSE:

—Pero fuera mejor que no me metiera en esto, ¿verdad?

EVA:

—Si.

JOSE:

—Soy tu hermano y por eso lo hago. Quiero a Mauricio mucho más de lo que imaginas quizás. Para mí es como un padre, como un hermano mayor... Pero desde aquella noche del aniversario de tus bodas no eres la misma, hay como un odio en tí, como algo raro; no eres la misma, Eva. (*Transición*). En la calle, cuando ví a Grüber comprendí que venía para acá... Luego él mismo me lo confesó.

EVA:

—¿Dónde está?

JOSE:

—Está fuera. Le pedí que me permitiera entrar primero porque no quería verme mezclado en todo esto...

EVA:

—Muy oportuno de tu parte... y muy valiente.

JOSE:

—Porque yo preferiría decirle a Mauricio la verdad.

EVA:

—¡Estás loco!

JOSE:

—Sí, estaré loco para tí, pero lo que hago es comprender la realidad.

EVA:

—Hay quien vive sin comprender la realidad, sin hacer nada serio en la vida.

JOSE:

—No emplees conmigo tu ironía. Por primera vez veo

las cosas como son y no como yo quiero que sean y creo que tengo razón. Estás pasando por un mal momento. Sólo a tí toca resolver tu problema. Los demás no podemos meternos en esto. *(Al tiempo que sale)*. Yo, sólo, porque eres mi única hermana y te quiero, puedo decirte: ten cuidado... y buena suerte.

EVA:

—Gracias... Si quieres hacerme el favor de decirle a Grüber que venga, te lo agradeceré. Así no tengo que salir.

JOSE:

—El sabe que Mauricio no está aquí, lo vió...

EVA:

—Date prisa. *(Lo empuja suavemente)* Trataré de ir a casa de mamá esta tarde.

(Sale José. Eva queda esperando un rato. Va al interior. Regresa con un cubo de hielo, lo coloca sobre el bar. Prepara vasos para whisky. Toma una botella del interior de un mueble y la saca. Mientras realiza esta operación aparece en el vano de la puerta el señor Grüber)

EVA:

—Por favor, pase señor Grüber, usted perdone que le haya hecho venir hasta aquí, pude haber ido yo a su hotel, pero temiendo despertar sospechas preferí que Mauricio no estuviera aquí, para citarle. Mucho le agradezco que se haya molestado en venir. Por favor tome asiento. *(Grüber se sienta)* ¿Desea tomar algo?

GRUBER:

—No, gracias señora *(Pausa)*. Bien, he venido, pero le confieso que no deja de preocuparme lo que usted me va a tratar. Hay ciertos temas de los que prefiero no hablar, y si la otra noche pequé de indiscreto se debió simplemente al factor sorpresa.

EVA:

—No llegó usted a cometer ninguna indiscreción.
(Pausa)

GRUBER:

—Señora, yo no soy religioso, pero sé respetar las ideas de los demás. En principio creí que su marido era un farsante, uno de esos renegados que hay por ahí.

EVA:

—Es usted duro al juzgar a los demás.

GRUBER:

—La guerra me ha enseñado a serlo.

EVA:

—La guerra, siempre la guerra. ¿De qué sirvió la guerra a Europa si ni siquiera puede hacer la felicidad de tres personas? El egoísmo, sí, esta es la única planta que germina.

GRUBER:

—No confunda usted el egoísmo con la legítima defensa de un país.

EVA:

—¿Legítima defensa? ¿Llama usted a ese destrozo de millones y millones de vidas, legítima defensa? No, señor Grüber, no podrá enredarme con sus malsanas ideas... No, yo he estudiado y...

GRUBER:

—Si estoy aquí es porque usted me ha pedido que viniera y supongo que no fué a discutir de política ni de historia. (Poniéndose en pié) Sé que usted quizás me juzgue un criminal porque fuí director de un campo de concentración. Pues no, señora, aunque a usted le parezca

extraño no lo soy... Ahora si quiere me marchó... No estoy aquí por mi gusto... Buenas...

EVA:

—No, espere señor Grüber... No se marche, comprenda usted que estoy un poco excitada. Es la situación en que esa guerra, al cabo de unos años de finalizada, nos ha colocado a mí y a mi... Siempre tenemos que culpar a alguien y por eso culpo a Alemania. A usted no quise ofenderle pero estaba excitada, compréndame.

GRUBER:

—La comprendo señora. Yo también he sufrido las consecuencias, soy de los vencidos. ¿Es usted católica, señora?

EVA:

—Sí, pero en este caso no se trata de religión, él tiene conmigo y con mi hijo una obligación natural.

GRUBER:

—Recuerdo en mi infancia, durante unas vacaciones, un cura algo viejo nos enseñaba el catecismo. Sí recuerdo una mañana, nos hablaba del sacerdocio, nos decía que quien era sacerdote no dejaba nunca de serlo, que era algo como una enfermedad incurable que sólo se acaba con la muerte, que por virtud de no sé que cosa con las manos desde hace mucho tiempo eso seguía y seguía... per omnia... no recuerdo. Pobre viejo, creía poder cambiar la conciencia de la juventud con varias frases en latín. (*Transición*) Esas frases podrían hacerle perder la batalla señora.

EVA:

—Esas frases él nunca las recordará.

GRUBER:

—Vence usted a uno de sus enemigos con trampas.

EVA:

—No me vendrá usted a hablar de escrúpulos después de haber sido director de un campo de concentración.

GRUBER:

—La ofensa no me hiere después de lo que han dicho los periódicos...

EVA:

—Perdone.

GRUBER:

—No importa señora. Aunque usted no lo crea, soy humano. Usted me ha llamado como amigo y me insulta como enemigo. Me pidió que viniera aquí a hablarle de su marido. ¿Recuerda?... Comprendo que sienta curiosidad por saber cómo era. Eso es muy propio de las mujeres, pero por una vez en la vida he deseado ser la reflexión de alguien. Cuando mandaba no analizaba las órdenes, simplemente las cumplía y obligaba a mis subalternos a cumplirlas. Cuando fui nombrado jefe de un campo de prisioneros empecé a analizar las razones de los demás, es lo que hago ahora con usted y lo que me hace inclinarme a favor de su marido.

EVA:

—¿En qué sentido?

GRUBER:

—Ya lo verá más tarde. No se, pero estoy seguro de que le parezco contradictorio.

EVA:

—No. Siga, estoy impaciente por...

GRUBER:

—Porque le hable de su marido, ¿verdad?

EVA:

—Sí...

GRUBER:

—Calma, calma señora. Todo a su debido tiempo... ¿Usted no cree ser también una contradicción?

EVA:

—No, yo estoy segura de mí misma.

GRUBER:

—No lo estará cuando termine de hablar. Se encontrará tan enredada como cualquiera que piensa, como cualquiera que analiza su propia situación, usted procede por impulso, usted no piensa. Simplemente se interesa por sí misma, no le importan para nada los demás, (*Irónico*) y eso no es egoísmo...

EVA:

—Yo actúo por mí y por mi hijo.

GRUBER:

—No tome a su hijo de pretexto. Conscientemente usted cree que le defiende pero en el fondo se defiende a sí misma.

EVA:

—No es cierto.

GRUBER:

—Escúcheme, le voy a hablar de su marido, no lo olvide. Pero nunca he tenido una oportunidad tan grande de justificarme haciendo un bien. Es la primera vez después de todo aquello que me tropiezo con la familia de alguno de mis prisioneros. Si supiera usted cuanto lo he deseado... Y aunque esa familia...

EVA:

—Nada tiene usted que reprocharle a mi familia.

GRUBER:

—Tal vez no, pero le pido que me escuche.

EVA:

Si esa es una condición, prefiero soportar sus rodeos antes que pagar con dinero su silencio. No por el dinero, sino porque me repugna comerciar con ciertas cosas.

GRUBER:

—No, me quiere comprar con su dolor, desea que me olvide del posible dolor de su marido y encima de eso me juzga mal. Jamás he albergado odio. Me siento satisfecho de no haber pagado el odio con el odio. Ni aún contra aquellos que me han odiado.

EVA:

—¿De qué forma lo pagó?

GRUBER:

—Tampoco con el amor, como pretende el cristianismo. Sólo fui indiferente hacia las cosas, mecánicamente, como usted ahora.

EVA:

—¿Cómo yo?

GRUBER:

—Sí: usted mecánicamente se defiende a sí misma, piensa sólo en su problema, pero no en el de su marido.

EVA:

—Por favor... ¿Cómo era?

GRUBER (*Después de haber mirado a Eva durante un rato*):

—Era un visionario. En cierto modo creía en su patria como yo creía en la mía. Hubo entre nosotros un conflicto de patrias, luchamos, podría decirse, frente a frente.

EVA:

—¿Le maltrató usted valiéndose de su posición? ¿No es cierto?

GRUBER:

—Al padre Werner no fué necesario maltratarlo, siempre fué comprensivo.

EVA:

—Pero... ¿luchaba con armas, como soldado?

GRUBER:

—Hay muchas clases de armas y muchas maneras de ser soldado. El era un soldado de Cristo.

EVA:

—Ya.

GRUBER:

—Pero nos hizo pensar que Cristo estaba al lado de Francia.

EVA:

—¿No era acaso su patria?

GRUBER:

—No se lo critico. Ahora eso de que Francia era su patria sería materia de discusión. Pero no importa...

EVA:

—En realidad, ¿qué hizo?

GRUBER:

—Perteneía a la resistencia, no incitando a las armas, pero ayudaba a nuestros enemigos, luchaba en contra nuestra sin derramar una gota de sangre. ¿No le parece admirable? Sospechábamos de él, pero no estábamos seguros. En una ocasión alguien hirió a un oficial alemán por la espalda y él lo atendió como si hubiera sido un hijo. Parecía no estar en favor ni en contra de nosotros, sin embargo nos exigía que tratáramos bien a los franceses, se exponía él mismo, y era que luchaba no por Francia ni contra Alemania, sino por la paz de Cristo.

EVA:

—Entonces, ¿cómo cayó prisionero?

GRUBER:

—La resistencia nos causó un gran estrago. Incendiaron unos depósitos importantes, encerraron en una barraca a un grupo de soldados y la hicieron explotar... Pecieron todos. Eran unos treinta o cuarenta. Se recibieron órdenes del Estado Mayor de arrasar una aldea, de fusilar cientos para escarmiento. El se presentó como único culpable.

EVA:

—¿Pero cómo lo pudo haber hecho?

GRUBER:

—Ambas cosas sucedieron la misma noche, pero a diferentes horas, pudo haberlas cometido un solo individuo. La Gestapo creyó que existían cómplices y lo torturaron para que confesara: "Yo sólo soy culpable", decía. Después, a fuerza de tortura perdió la memoria.

EVA:

—Estuvo usted presente cuando lo maltrataron?

GRUBER:

—No. Fué mi prisionero cuando ni siquiera sabía quien era. Jamás creí en su culpabilidad y luego el tiempo me dió la razón. Sin embargo, tampoco sus conciudadanos supieron agradecer su gesto. Le podían perdonar que incendiara los depósitos. Eso no les importaba. Pero la muerte de los soldados sí.

EVA:

—¿Por qué?

GRUBER:

—Por varias razones. Primero: la muerte vista de cer-

ca impresiona, luego porque muchos de esos jóvenes le debían dinero a algunos franceses, otros eran amantes de algunas alsacianas. En cierto modo los querían. Aunque era la guerra decían que aquello resultaba un asesinato y que un cura no tenía derecho. A mí eso me indignaba. Eran unos salvajes, no comprendían la magnitud del sacrificio de ese hombre y aunque personalmente me desagradaba el martirio buscado no podía dejar de admirarlo. Tenía una justificación para su existencia. Demasiado admiración y confianza de parte mía le ayudaron a escapar.

EVA:

—¿Le dejó escapar?

GRUBER:

—En cierto sentido sí. Habían tres o cuatro prisioneros, entre ellos una mujer. Esta gozaba de cierta libertad, ponía su cuerpo al servicio de la patria. (*Gesto de Eva*). Era su manera de guerrear, así averiguaba cosas de utilidad para los aliados. A ella le permitíamos salir con tal de que diariamente se presentase al campo. Le consiguió papeles falsos... Una noche aprovechando un descuido de la guardia, le ayudaron a salir de la prisión. Yo estaba en otra ciudad. Como jefe de campo quedaba mi segundo. Un hombre inhumano que había tenido conmigo varios choques. No era un militar de escuela, era uno de los improvisados de Hitler. Los fusiló a todos... Cuando regresé ya era tarde. Jamás pudieron dar con él. Ve usted como el mundo es un pañuelo, quién le iba a decir que esa felicidad suya ha costado la vida a varias personas.

EVA:

—¡No sea cruel, por Dios!

GRUBER:

—Y ahora señora que ya sabe usted todo lo que quería saber, voy a retirarme, pero antes de hacerlo quiero

pedirle una cosa: a ese hombre, al padre Werner, yo lo admiraba, tenía un gran don: amaba a su prójimo y era capaz de sacrificarse por él. Mi petición es que si usted va a luchar en su contra, defendiendo lo que usted llama "su felicidad", lo haga noblemente.

EVA:

—¿Cómo?

GRUBER:

—Diciéndole la verdad.

EVA:

—Imposible.

GRUBER:

—¿No tiene usted el temor de que algún día él lo sepa y no la perdone e incluso llegue a odiarla?

EVA:

—No creo que llegue a sentir odio por quien tan sólo le dió amor.

GRUBER:

—No esté tan segura.

EVA:

—Mi amor es mi única fuerza.

GRUBER:

—Pues opóngale esa fuerza pero luche limpiamente.

EVA:

—Veré lo que puedo hacer. De todos modos, muchas gracias.

GRUBER:

—Buenas tardes, señora.

(A salir Grüber entra Mauricio. Sus miradas chocan.)

Eva denota en su rostro una gran sorpresa. Después de una ligera inclinación de cabeza Grüber dice casi entre dientes:)

GRUBER:

—Buenas tardes.

MAURICIO:

—Buenas tardes.

(Mira durante brevísimo tiempo el sitio por donde Grüber ha salido. Eva nota algo raro en Mauricio. Tratando de aparentar naturalidad lo besa).

EVA:

—¿Qué pronto regresaste! ¿Y Fritz, no sube? *(Pausa)*
¿Estás cansado? Te voy a preparar un high-ball, te abrirá el apetito. Hace días que no comes bien.

MAURICIO *(Con aire preocupado):*

—Bien querida. *(Se sienta apenas sin moverse).*

EVA:

—¿No te gustaría que saliéramos esta noche?

MAURICIO:

—¿A dónde vamos?

EVA:

—Podríamos ir al cine. *(Le extiende un vaso)*

MAURICIO:

—¿No tomas tú?

EVA:

—No, no tengo deseos.

MAURICIO:

—¿Está el niño en casa?

EVA:

—Si, aún duerme. Dentro de un momento despertará; no he querido despertarlo antes porque se pone de mal humor. (*Le muestra una tarjeta*). La invitación al cumpleaños del niño de los Méndez. Es gracioso, la invitación estaba dirigida al señor Mauricio Mounier hijo. Oh, mira, me había olvidado decirte que esta mañana no tenía dinero y tuve que tomar a crédito un regalo para el niño de los Méndez. Cuando celebramos los dos años de Mauricio le hicieron un regalo espléndido, ¿te acuerdas? aquel...

MAURICIO:

—No importa. (*Pausa*). (*Eva lo mira con miedo. Mauricio recuesta la cabeza en el espaldar de la silla, se levanta y pregunta con naturalidad*) ¿No llamó aquí Fritz por teléfono?

EVA:

—Sí... (*Mauricio se sienta de nuevo. Hay una pequeña pausa, Eva asustada se sienta también*).

MAURICIO:

—Eva...

EVA:

—Sí, querido.

MAURICIO (*Lentamente*):

—¿A qué vino ese hombre aquí?

EVA:

—¿Quién?

MAURICIO:

—Ese Alemán que vino con José la noche de nuestro aniversario de bodas. El señor Grüber.

EVA (*Buscando una excusa*):

—Buscaba a José...

MAURICIO:

—¡Es extraño!

EVA:

—¿Por qué?

MAURICIO (*Se levanta*):

—Porque esta tarde, al salir de aquí, impaciente porque Fritz no venía, encontré a José con el señor Grüber, apenas me detuve con ellos pues iba a esperar a Fritz en la oficina, pero tuve tiempo de oír que José le decía: “No sé si lo veré a usted señor Grüber, porque me voy esta tarde de viaje y no estaré aquí hasta el lunes”. ¿No te dijo José que se había encontrado conmigo, que me había pedido prestado un bulto de mano? (*Eva asiente con la cabeza*) ¡Todo esto es absurdo! (*Pausa*). ¿Sabes por qué Fritz llamó por teléfono? (*Eva no contesta*). Me llamó para excusarse conmigo, porque no podía ir al campo, por eso he vuelto tan temprano y parece ser que mi llegada te causó gran sorpresa, por más que te empeñaste en disimularla. (*Silencio prolongado. Eva y Mauricio apenas se mueven*). ¿A qué vino ese hombre aquí? (*Eva no contesta*). ¡Dímelo por Dios!...

EVA: (*Como aferrándose a una idea*):

—Mauricio, no pretenderás que yo...

MAURICIO:

—No, Eva, estoy seguro de que no es eso. Tengo plena confianza en tí...

EVA:

—Entonces, ¿qué crees? Si me tienes confianza, ¿por qué dudas de mí?

MAURICIO:

—Porque por primera vez te he sorprendido en una mentira y busco la razón y no la encuentro. Por eso dudo

Eva, porque hace mucho tiempo que busco razones para muchas cosas y estoy cansado de no encontrarlas, por eso.

EVA:

—Y si con mentir defendiera...

MAURICIO:

—Una causa, cualquiera que fuere su grandeza, deja de ser noble si se defiende a base de mentiras. ¿Qué buscaba ese hombre, Eva? ¿Por qué me miró de una manera extraña al cruzarme con él?

EVA:

—Son caprichos tuyos.

MAURICIO:

—No, no son caprichos, me miró como con lástima y a la vez con una pequeña admiración. Como si estuviera mirando a un mártir. No sé, pero me parece haber visto antes esa mirada. Posiblemente ví fusilar a algún patriota, en compañía de alguien que le admiraba. Era como cuando alguien muere y frente a él, viéndole morir, hay un ser querido. Seguramente la muerte no puede arrebatar el reflejo de esa mirada en los ojos del muerto. *(Transición)* ¿A qué vino ese hombre Eva? ¿A qué vino? Dímelo, por favor.

EVA *(Con cierta vacilación)*.

—Vino... a hablarme de... tí.

MAURICIO:

—¿Me conocía?

EVA:

—Sí.

MAURICIO:

—¿Quién era? *(Pausa. Eva no contesta)* ¿Quién era? Necesita saberlo *(Pausa)*. ¿Quiéres decirme, quien era?

(Violento y tomándola de los brazos) ¿Quién soy, Eva? Dímelo, por Dios. *(La última frase la ha dicho casi ahogado)*.

EVA:

—¿Aún a riesgo de perderlo todo?

MAURICIO:

—Sí.

EVA:

—¿Aún a riesgo de la felicidad de nuestro hijo, de la tuya, de la nuestra?

MAURICIO:

—Quiero la verdad, cueste lo que cueste. *(Eva calla. Mauricio con violentas señales de impaciencia)*. Dímelo Eva, por lo que más quieras. ¿Quién soy? ¿Quién soy? ¿Quién soy? *(La sacude fuertemente)*.

EVA:

—Eres... un desertor.

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO — PRIMER CUADRO

(La misma escena del acto anterior. Han pasado algunos días. Al levantarse el telón Elena está apoyada en la ventana contemplando la calle. Fritz está sentado en el sofá en el centro de la escena).

ELENA:

—Escucha Fritz, ¿no te parece que no es hora para visitas? Seguramente van a cenar dentro de poco.

FRITZ:

—No importa. No se trata de una visita de cortesía. Debemos ayudar a Mauricio y a Eva.

ELENA:

—Pero, ¿Cómo podemos ayudarlos?

FRITZ *(Poniéndose de pie y dando unos cortos paseos a lo largo de la escena):*

—Aún no lo veo claramente *(Pausa)*. Se me ocurre una cosa: si tú con cualquier pretexto te llevaras a Eva, talvez podría hablarle a Mauricio... *(Pausa)* No estoy seguro de lo que debo decirle... No concibo que el hecho de haberse enterado al cabo de algunos años de que fué un traidor...

ELENA:

—Desertor...

FRITZ:

—Es lo mismo. Le haya afectado tanto.

ELENA:

—Indudablemente posee una hipersensibilidad, pues si ya pasó todo debía seguir como estaba. Total nada va a remediar con preocuparse. A lo hecho, pecho.

FRITZ:

—A lo que hizo, le está haciendo frente ahora. No basta sentirnos culpables, es necesario estar seguros de serlo. Cuando nos enteramos, si tenemos vergüenza, buscamos nuestro castigo, sino seguimos muy campantes por el mundo, arrastrando nuestra culpa sin importarnos las miradas acusadoras de los demás.

ELENA:

—Noto que te ha afectado mucho lo de Mauricio.

FRITZ:

—Tienes razón. Me ha enseñado a comprender muchas cosas.

ELENA:

—Para quien lo conozca como nosotros le será muy difícil creer que se ha entregado completamente a la bebida, no parecía gustarle tanto, por otra parte era tan correcto...

FRITZ:

—No se puede juzgar a la ligera.

ELENA:

—Podrá sentirse todo lo culpable que quiera, pero no debe olvidar que tiene mujer e hijo. Por suerte bebe aquí y no lo hace fuera de casa... Así nada saldrá de estas cuatro paredes.

FRITZ:

—Sólo te importan los demás.

ELENA:

—Calla, vuelve Eva.

(Eva aparece por la puerta que conduce a las habitaciones interiores).

EVA:

—Perdonen por haberles hecho esperar tanto. Quería cerciorarme de que Mauricio no estuviera escuchando, pero no hay peligro alguno. Podemos hablar. Está encerrado en el aposento... Probablemente duerme. Anoche después de haberlos llamado por teléfono pidiéndoles que vinieran, me rogó que lo dejara sólo. Bebió más de lo normal. En el primer momento me negué a hacerlo... luego me lo pidió con tal violencia que sentí temor. Traté de dormir pero no pude. Me levanté y volví a la sala... Había ingerido gran cantidad de alcohol. Le sentí llorar pero no me atreví a consolarlo por que yo... tenía miedo.

ELENA:

—¿De que te golpease?

EVA:

—Eso no fuera nada. De perderlo para siempre.

FRITZ:

—Calma Eva, hablaré a Mauricio y veré lo que logro *(Pausa)*. Vas, le avisas que quiero hablarle, que deseo me aconseje acerca de tal o cual negocio y busco el medio de tratarle el problema. Tú, mientras, sales con Elena, al cabo de cierto tiempo nos telefoneas y nos invitas a comer... o mejor aún, que lo haga Elena, así se sentirá más obligado y quizás consiga que se entretenga un poco. A veces los problemas nos agobian más porque no encontramos a alguien que nos los desvíe. *(En tono de duda)* ¿Crees que querrá hablar conmigo?

EVA:

—No sé. Tal vez sí. Tengo la sensación de que desea hablar con alguien. Con cualquiera que no sea yo, pero no conmigo. A mi me rechaza como si fuera algo impuro. Al niño... al niño ni siquiera lo mira. ¿Por qué me trata así? Es que acaso, tengo yo la culpa de todo?

FRITZ:

—Quizás estés equivocada y a mi me trate igual.

EVA:

—¿Quién sabe?

ELENA:

—Nunca pensé que la patria podría importarle tanto, es más, ni siquiera lo concibo.

EVA:

—Cuando le dije lo que era, su primer impulso fué buscar a Grüber. Lo detuve, sabía que éste se marchaba al otro día. Luego me enteré que fué al hotel a buscarle y no le encontró... No pudo por tanto averiguar nada.

FRITZ:

—Pero hay algo que no acabo de entender: Si Mauricio era desertor del ejército francés, cómo estaba prisionero en un campo alemán.

EVA (*Con cierta vacilación*)

—El señor Grüber no me explicó bien, pero parece ser que Mauricio es alsaciano, y... tuvo vacilaciones de qué partido tomar. Me dijo que muchas veces no se comprende bien a los que como él, han nacido y viven en tierra fronteriza. Dijo algo así como que las fronteras cambian... y

ELENA:

—Ve Eva y arréglate un poco, avísale a Mauricio que Fritz le espera.

EVA:

—Le diré que voy a salir de compras contigo, le parecerá natural. No es la primera vez. Le diré también que Fritz lo desea ver para tratarle de un negocio.

ELENA (*Mirando el reloj*):

—Debes demorarte lo menos posible. Pronto cerrarán los establecimientos comerciales y algo habrá que comprar para que no sospeche.

(*Sale Eva, Pausa*).

ELENA:

—Creo que no deberías meterte demasiado en esto, tú ni siquiera eres francés, te dirán que no puedes comprender el problema.

FRITZ:

—En este caso no se trata de nacionalidades, sino de un amigo que está en apuros y debemos hacerlo.

ELENA:

—¡Quiera Dios que no pierdas al amigo!

FRITZ:

—¿Por qué habría de perderlo, Elena?

ELENA:

—Son cosas íntimas y... no sé, pero me parece que no deberíamos meternos.

FRITZ:

—¿Crees tú que si se tratara de mí, Mauricio no lo haría?

ELENA:

—¿Quién podría asegurarlo?

FRITZ:

—Yo. ¿Recuerdas cuando los negocios me fueron mal

y tuve que trabajar hasta en la noche? ¿Quién crees que me ayudaba? (*Respondiéndose a sí mismo ante el silencio de Elena*). Mauricio.

ELENA:

—Sí, pero...

FRITZ:

—Ahora me toca a mi servirle. Para eso somos los amigos, para comprender y tratar de ayudar.

ELENA:

—Si te empeñas.

FRITZ:

—¡Cómo puedes ser tan indiferente! Hasta hace poco yo creía única y exclusivamente en el progreso, en la ciencia. Ahora empiezo a ver que no es así. También existe un alma, un espíritu. Importan muchas cosas más: la Patria, Dios, y todo eso que antes no tenía más significación para mí que un pedazo de tierra donde vivir cómodamente y una cosa nebulosa con la cual consolarnos en nuestros problemas.

(Del interior sale Mauricio. Toda su persona denota un gran descuido. No se ha afeitado en varios días y su ropa no luce como en el primer acto).

MAURICIO:

—Querías verme, Fritz?

FRITZ:

—Sí, quería tu consejo acerca de...

MAURICIO:

—No creo que esté en condiciones de aconsejar a nadie. Soy...

FRITZ:

—Otras veces me has aconsejado, ¿por qué no, ahora?

MAURICIO:

—¿Ahora? Ahora soy otro.

FRITZ:

—No Mauricio, eres el buen amigo de siempre...

MAURICIO:

—¡El buen amigo de siempre! ¡Qué equivocado estás! Si no supe ser amigo de mis conciudadanos, que son millones y millones, y los traicioné vilmente, ¿cómo podría ser amigo de ustedes, dos pobres seres, que al fin y al cabo, no tienen importancia para el mundo?...

(Eva aparece en la puerta del interior. Trata por todos los medios de fingir que está contenta).

EVA:

—Ya estoy lista Elena. *(Besa a Mauricio)*. Adiós querido. Espero que a mi regreso te encuentres mejor.

MAURICIO:

—¡Ojalá, pero lo dudo!

(Elena sale delante. Eva, después de haber contemplado un momento a Mauricio se retira detrás de ésta, luego de una mirada inteligente con Fritz).

FRITZ *(Después de un rato y mientras se sirve un trago)*:

—Perdona la confianza, pero ya que no me invitas, lo hago yo mismo.

MAURICIO:

—Perdona, pero no estoy para cortesías.

FRITZ: *(Pausa)*:

—¿Por qué dudas de que te vas a sentir mejor después de hablar conmigo?

MAURICIO:

—¿Por qué? Porque estoy seguro. (*Pausa breve*) Sí, Fritz, es la primera vez en mucho tiempo que me encuentro seguro de algo. Mi mal sólo tiene un remedio.

FRITZ:

—Siempre me diste la sensación de que te gustaba el dolor. Tú no tratas de remediarlo, casi me atrevería a decir, gozas en él.

MAURICIO:

—No crea, Fritz, trato de remediarlo a mi manera. Aún no estoy completamente decidido a remediar mi dolor, porque podría ser que la única solución causara el sufrimiento a otras personas.

FRITZ:

—Lo que tienes que hacer es olvidar. Fuiste feliz olvidando, ¿por qué no lo intentas?

MAURICIO:

—Me ofreces otra oportunidad de ser cobarde. No, Fritz, una y no más.

FRITZ:

—Pero, ¿tú estás seguro de que Grüber no mintió?

MAURICIO:

Estoy seguro. Ese hombre era como un mensajero de otro mundo, como un vengador que venía a cobrarme lo que debía. ¿Te acuerdas que habíamos llegado tú, el reverendo Kelly y yo a la solución de que cada uno debía pagar el mal que había causado?... Pues bien, yo... debo pagarlo.

FRITZ:

—No creo que hayas causado tanto mal como crees y ya ha pasado tanto tiempo de aquello, que no creo que

entregándote a las autoridades logres calmarte; además, se vé que se han olvidado de tí, puesto que no te han procurado. Por otra parte, eres francés, de eso no cabe duda. Ahora te pregunto: ¿Si traicionaste a Francia, por qué razón estabas prisionero en un campo de concentración alemán?

MAURICIO:

—Esa pregunta me la he hecho muchas veces y no acierto a encontrar la respuesta. Al enterarme de lo que era, busqué a Grüber para que contara punto por punto mi vida, pero cuando fuí al hotel se había marchado. He intentado recordar algo, pero veo mi vida como un claroscuro, veo algunas sombras, algunos rostros, un señor de cierta edad con algo en la cabeza, algo así como una corona, pero más alta, yo estaba arrodillado delante de él, vestido de una manera rara. Me amarraban las manos y hablaban un idioma que no era el mío. No creo que me estuvieran castigando porque me sentía feliz. Después, recuerdo una explosión, un incendio, pero estas cosas las recuerdo como si alguien me las hubiera contado.

FRITZ:

—Si no estás seguro de nada, no veo la necesidad de atormentarte.

MAURICIO:

—Es terrible. Antes sentía una especie de angustia, ahora, ahora empiezo a sentir miedo.. y lo que es peor aún, no sé a qué le temo.

FRITZ:

—Te temes a tí mismo y eso no debe ser.

MAURICIO:

—En personas normales está bien... pero en mí... Recuerda que no sé bien quién soy. Solamente sé de mí que traicioné a los míos, que cobardemente me olvidé de

mi pasado, que vine a América y formé una familia con toda la apariencia de la felicidad y a la cual estoy a punto de traicionar de alguna manera.

FRITZ:

—Siempre creí que habías sido profesor o algo así. Tu modo de hablar me hacía creerlo. Nunca se me hubiera ocurrido que podías haber sido militar.

MAURICIO:

—Tal vez tengas razón, quizás fui profesor. Pero lo terrible es que algo me dice que yo colaboraba con el enemigo, que era algo así como espía o saboteador, que fui de los que hice fracasar a Francia.

FRITZ:

—¿Entonces cómo eras prisionero de los alemanes?

MAURICIO:

—Probablemente a ellos también los traicioné. Todo en torno mío huele a traición.

FRITZ:

—Creo que te atormentas inútilmente. No estás seguro de los hechos y comienzas a sacar tus conclusiones.

MAURICIO:

—No creas. Me he analizado mucho y he encontrado en mi interior cosas muy malas. Estoy plenamente convencido de que he causado mucho daño. Me parece recordar que envié al otro mundo un puñado de personas, que los encerré como en una especie de habitación y... No sé qué hice... Creo que por esto me castigaron, me parece... me parecen tantas cosas...

FRITZ:

—El peso de tu pequeña culpa, porque no es tan grande como tú la pones, te hace sentir desdichado.

MAURICIO:

—Te equivocas.

FRITZ:

—No, no me equivoco. Además si hiciste algo malo fué por la guerra, ésta pone a uno en un estado de ánimo tal...

MAURICIO:

—Sí; la guerra hizo de mí, primero un bandido, después un anormal.

FRITZ:

—No eres ni lo uno ni lo otro.

MAURICIO:

—Claro, no se trataba de Alemania.

FRITZ:

—Bien sabes que aunque alemán, estuve alejado de todo ese barullo. Me encontraba entonces en América. No había sido educado en la religión del Nacismo y mis padres en cierto modo sufrieron las consecuencias de Hitler. *(Pausa)*. Si me meto en tus asuntos es porque de veras te estimo. Te aseguro que no me mueve, ni la curiosidad, ni el interés, sólo mi cariño hacia tí...

MAURICIO:

—Llamas cariño a tu piedad. No Fritz, te comprendo muy bien. Eva te ha pedido que me hables, que me aconsejes, porque teme perderme. Pobre Eva, no se dá cuenta de que su egoísmo disfrazado de amor no podrá detenerme... porque quién sabe si hoy mismo... Soy una basura Fritz, ¿te das cuenta de lo inútil que soy?

FRITZ:

—No; estás equivocado, lo que pasa es...

(Suena el teléfono. Mauricio después de cierta vacilación se dirige a él y contesta).

MAURICIO:

—Sí, soy yo... bien se lo diré. (*Sonríe como si le hubieran dado una gran noticia*) No yo no iré... Lo siento mucho Elena, tendría que arreglarme, insiste en que Eva te acompañe, dile que estoy bien... Bueno, es que realmente no tengo ganas y les voy a amargar el momento... te lo agradezco... Si espero. (*Pausa*). Bien, llamaré a su madre y le diré que ella pasará por Mauricio... ¿No puede comunicarse desde allí?... Bien lo intentaré... Sí, sería mucho mejor que lo hiciera de paso... inmediatamente (*A Fritz*). Es Elena, desea hablar contigo. (*Fritz va al teléfono. Mauricio se dirige al bar. Se sirve un trago muy fuerte y comienza a beber mientras Fritz habla por teléfono*).

FRITZ:

—Sí, querida... comprendo... sí, no es probable... bien, trataré de convencerlo... Iré de inmediato... (*Cuelga*). ¿Por qué no nos acompañas? Mira, estoy seguro de que te hará bien.

MAURICIO:

—¡Qué simple eres!

FRITZ:

—No seas tonto. Muchas veces estamos confundidos y alguien puede ayudarnos a desentrañar nuestra confusión. Pero no, tú te empeñas en quedarte en ella. Parece como si te gustara estar en ese clima. Me dijiste que Eva me pidió que te hablara, pues sí, es verdad y tuvo razón al hacerlo porque no piensa solamente en ella como tú aseguras sino en tí, porque te quiere, y en tu hijo al cual parece olvidar. Perdona... pero ¿por qué Mauricio a mí que te debo tanto me niegas la oportunidad de ayudarte?

MAURICIO:

—Lo poco que pude hacer por tí lo hubiera hecho por

cualquiera. Además no te niego la oportunidad de ayudarme. Lo que pasa es que no puedes hacerlo.

FRITZ:

—Si sales a pasear con nosotros...

MAURICIO:

—No estoy para paseos.

FRITZ (*Como si no hubiera oído*):

—Te vas a entretener y verás cuán diferente luce el mundo cuando tenemos la mente despejada. Aquí encerrado todo te parece oscuro, pero fuera... Es como ver las cosas desde una gran altura, cuando las miras te parecen pequeñas y borrosas.

MAURICIO:

—Es inútil, no insistas.

FRITZ:

—Sólo traté de...

MAURICIO:

—¿Me quieres hacer un favor? Cuando te marches pasa por la casa de mi suegra, allí está el pequeño Mauricio, dile a la niñera que se quede, que Eva pasará a recogerlos... Y ahora Fritz...

(Suena el timbre de la puerta. Mauricio se dirige a ella, al abrir entra el reverendo Kelly. Trae en las manos unos libros de los que usan en las casas de comercio para llevar la contabilidad).

KELLY:

—Buenos días, Mauricio, luce usted algo desmejorado... ¿Está enfermo?

MAURICIO:

—En cierto modo sí.

FRITZ:

—¿Cómo está usted, reverendo? (*Le extiende la mano*). Lo que pasa es que Mauricio se toma las cosas demasiado a pecho, de una pequeñez hace una catástrofe.

MAURICIO:

—¡Qué bueno es ser joven! Nos permite gozar de cierta inmunidad. Nos hace sentir demasiado irresponsables.

KELLY:

—No estoy del todo de acuerdo (*Sonriendo*). Bien, a lo que vinimos, como dicen aquí.

FRITZ (*A Kelly*):

—Perdón Reverendo. (*A Mauricio*) Tengo que marcharme. Piénsalo bien. Si lo deseas sabes dónde encontrarlos. Eva y Elena no te perdonarán el no haber ido.

MAURICIO:

—Perdona Fritz pero estás rayando en la necedad. Por otra parte tengo visita... si quieres puedes decírselo.

KELLY:

—Oh! Si va usted a salir puedo volver en otro momento.

MAURICIO:

—No Reverendo, no voy a salir.

FRITZ: (*Sin fuerzas para rogar más y con gran desaliento*):

—Bien, cumpliré tu encargo. Te dejo en buena compañía. Adiós Reverendo, mis saludos a su esposa.

KELLY:

—Se les darán.

(*Mauricio acompaña a Fritz hasta la puerta. Al salir le toma por un brazo al tiempo que le dice*):

MAURICIO:

—Adiós Fritz, gracias por tu buena intención... y cuídame a Eva...

FRITZ:

—¿Qué quieres decir?

MAURICIO:

—Nada, parece ser que no podemos cambiar las fórmulas. Quise decir, que me trajeras a Eva, sana y salva, que no la dejes tomar mucho. Como se encuentra triste por mí, podría tratar de beber para olvidar... ¿comprendes?

(Fritz va a hablar pero Mauricio lo detiene)

MAURICIO:

—Se hace tarde y el reverendo me espera. Adiós Fritz.
(Después de una brevísima pausa Fritz hace mutis) Perdone reverendo, ¿decía usted?

KELLY:

—En una ocasión usted se brindó para arreglarme los libros de la parroquia. Yo no soy muy experto en asuntos de contabilidad y me he hecho un lío enorme. Debo ahora enviar un informe al obispo y no entiendo lo que he hecho. He venido donde usted, para ver si me puede hacer la caridad de poner orden donde yo no he podido ponerlo. *(Se los extiende)*.

MAURICIO:

—¿Pero tiene que ser ahora mismo, reverendo?

KELLY:

—No; puede ser mañana o pasado, no corre prisa. El informe debo enviarlo al finalizar el mes...

MAURICIO:

—No vaya usted a creer que soy un buen contable.

Es más, ni siquiera sé si lo soy, pero puedo decir que soy algo aficionado a la contabilidad.

KELLY:

—De todas maneras lo hará mejor que yo. Sólo sé rezar y ayudar en parte a los demás como corresponde a mi ministerio. Además, cuando se estableció aquí, llevaba usted los libros en su negocio.

MAURICIO:

—Después llegó José, por intermedio de él conocí a Eva.

KELLY:

—Me han dicho que su cuñado es un gran contador. Si se ve muy enredado con mi torpeza recurra a él. Estoy seguro de que le ayudará.

MAURICIO:

—Sí estoy seguro. José dejó hace tiempo de trabajar con números. Se limita a revisar el trabajo de los otros. A principio cuando dejó de trabajar conmigo, para abrir su propio negocio, aconsejado por mí, me hizo bastante falta y entonces me recomendó a un amigo suyo que hasta la fecha trabaja conmigo. En caso de verme en apuros se lo entregaré a éste. Es bastante bueno.

KELLY:

—Le estoy causando demasiadas molestias.

MAURICIO:

—No se preocupe reverendo, para eso somos los amigos.

KELLY:

—Por eso no debemos abusar de ellos, cosa que yo hago con usted. *(Mientras el reverendo dice estas frases*

Mauricio se ha quedado abstraído. El reverendo lo nota).
Dice un refrán portugués:

“al amigo y al cabalho,
no cansalho”.

Yo no sólo estoy abusando de usted (*Poniéndose en pie*) sino que lo estoy cansando con mi charla inútil. Seguramente tiene usted algo que hacer.

MAURICIO:

—No reverendo, de ninguna manera. Quédese un rato. Tengo tiempo todavía. Además me es preciso hablar con alguien y quién mejor que usted para eso, quizás pueda transmitir a Dios mis sentimientos.

KELLY:

—Me encantaría ser vehículo de tan nobles sentimientos, pero puede usted expresárselos por sí mismo y fuera mucho mejor, además creo que a El le agrada más. (*Consultando un reloj de bolsillo*). No podré quedarme mucho tiempo, pues debo ir a visitar a la señora McGregor, ha estado muy enferma últimamente y es de las más asiduas y entusiastas asistentes a la iglesia.

MAURICIO:

—Hermoso reloj, reverendo.

KELLY:

—Sí; es un recuerdo de mi padre. Era también ministro y me lo regaló el día de mi ordenación sacerdotal.

MAURICIO:

—Envidio a quienes pueden tener recuerdos solamente en la memoria, cómo no envidiaré a quien tiene algo material para recordar a los seres queridos, una fotografía, un objeto cualquiera. (*Transición*) ¿Me permite tenerlo un momento en la mano, reverendo?

KELLY:

—Con mucho gusto. (*Zafa la cadena del chaleco y entrega el reloj a Mauricio. Este lo mira con un brillo en los ojos. Lo acaricia durante un momento, luego lo acerca a sus oídos y queda durante un rato en silencio escuchando el mecanismo del reloj*).

MAURICIO:

—¡Qué hermoso sonido!

KELLY (*Sin entender*)

—Sí; es una máquina magnífica, tiene bastantes años y sigue como si fuera nueva. Claro está, es construcción suiza.

MAURICIO (*Entregándole el reloj al reverendo*):

—No me refería al sonido de la máquina en sí, sino al del recuerdo, en cada tic tac del reloj, van años de recuerdos, unos alegres, otros tristes, pero después de todo esos recuerdos son de su propiedad... ¿No ha pensado usted que ese reloj ha marcado el tiempo en que tanto su antiguo poseedor, su padre, como usted han tomado decisiones importantes?... Y no sólo ha marcado esas decisiones, sino las del mundo entero, las que provocan las guerras o presagian la paz... Al tenerlo en mis manos pensé que también ha marcado esas horas que no están registradas en mi memoria... Y lo sentí como algo mío, y entonces... lo ví todo muy claro.

KELLY:

—¿Se sintió feliz?

MAURICIO:

—Creo que sí. Una felicidad muy rara, como si hubiera ganado un premio muy grande y me lo fueran a entregar dentro de unos instantes. Como si sólo supiera la noticia de que lo había ganado pero aún no lo tuviera materialmente en la mano.

KELLY (*Como una plegaria*):

—¡Gracias Dios mío!

MAURICIO:

—¿Por qué dice usted: “Gracias Dios mío”?

KELLY:

—Porque mientras usted miraba el reloj yo rezaba mentalmente por usted. Le pedí a Dios que le diera unos minutos de felicidad para que tuviera fé en él. Sin duda me oyó. Ahora puedo irme con toda tranquilidad. Pase usted un buen día Mauricio... y cálmese, Dios no nos desampara nunca.

MAURICIO:

—Así lo espero. Gracias reverendo por rezar por mí... Por favor, hágalo todos los días porque sé que lo voy a necesitar. Pida a Dios para mí el perdón del pasado que ignoro, de ese presente, a veces algo despreocupado que vivo y por ese negro abismo que se abre ante mí, que es el futuro. (*Como en un ruego*) ¿Lo hará, reverendo?

KELLY:

Sí; pero no está demás que usted también lo haga. Hasta luego.

MAURICIO:

—Adiós reverendo. (*Pausa*). ¡Que Dios le bendiga!

(*Mauricio queda sólo, se apoya junto a la puerta. Va al bar y se sirve otro trago. Lo bebe de golpe. En su rostro se refleja toda la desesperación de su alma. Se deja caer en un sillón y dice en tono muy bajo*):

MAURICIO:

—¡Dios mío! ¿A cuántos habré matado?

(*Este pensamiento le hace poner de pié de golpe, va al escritorio, trata de abrir una gaveta. Extrae de élla un*

revólver. Lo contempla durante un rato. Comprueba que está cargado y se decide a llevarlo a la cabeza. En este preciso instante entra Eva, abre de golpe la puerta y grita:)

EVA:

—¡No hagas eso! (*Mauricio parece no notar la presencia de Eva, ésta, casi llorando, grita*) ¡No hagas eso padre Werner!

(Mauricio al oír estas palabras se asombra de encontrarse en compañía de alguien. Eva ha llegado junto a él. Mauricio baja el arma lentamente y al tiempo que la coloca sin apenas moverse dice:)

MAURICIO:

—¿Padre... padre Werner?

EVA:

—Sí.

MAURICIO:

—Pero no entiendo... ¿Padre Werner?

EVA:

—Sí; sacerdote católico.

MAURICIO:

—¿Pero yo?... No es posible.

EVA:

—Perdóname, pero hasta ahora creí yo tener la razón. Luché conmigo misma y no sabía si decirte la verdad o seguir ocultándotela. Dios no quiso que así fuera.

MAURICIO:

—Dios ha oído mi oración.

EVA:

—Y... ¿No te preocupa tu situación actual?

MAURICIO:

—Dios que me ha revelado mi verdadera identidad, también me indicará el camino.

EVA:

—Nunca pensé que podrías (*Señalando el revólver que ha quedado sobre la mesa*) tomar esa resolución. Cuando Fritz me dijo que te habías despedido de él de una manera muy rara, como si fuera para siempre, me percaté de inmediato de lo que ibas a hacer, vine corriendo... Cuando lo pienso, me aterrorizo. Gracias a Dios que llegué a tiempo. (*Pausa*) No tengo palabras con qué pedirte que me perdones, yo no sólo he sido tu cómplice en el pecado sino...

MAURICIO:

—De nada eres cómplice Eva, no había conciencia del pecado, por tanto no existe.

EVA:

—Pero yo lo sabía... Por eso estoy manchada. (*Pausa. Se arrodilla y dice en tono de súplica*). ¡Perdóname!

MAURICIO (*Mirándose las manos*):

—Aún no Eva, déjame acostumbrarme a la idea.

(*Quedan en la misma posición como si fueran estatuas mientras lentamente baja el telón*)

SEGUNDO CUADRO

(La misma escena del acto anterior, han pasado algunos días. Al levantarse el telón, Eva conversa con el reverendo Kelly).

KELLY:

—Es extraordinario lo que usted me cuenta y haré lo que desea, aparentaré no saber nada, aunque no veo el motivo, porque seguramente él desea verme para hablarme de eso.

EVA:

—¿Le mandó a buscar?

KELLY:

—No, propiamente. Me llamó por teléfono para saludarme y me dijo que deseaba conversar conmigo y encomendarme algo, le pregunté de qué se trataba y me contestó que prefería hablarme personalmente. Como tenía que pasar cerca de aquí, decidí llegarme a ver de qué se trataba. *(Pausa)*. ¿Podría preguntarle algo?

EVA:

—Diga...

KELLY:

—¿Está usted dispuesta a perderlo o va a luchar?

EVA:

Luché bastante, hasta le mentí y ya ve usted lo que iba a suceder.

KELLY:

—Si.

EVA:

—Hay momentos en que no me resigno a perderlo. (*Transición*). Reverendo, no se dá usted cuenta de lo mucho que lo amo. (*Pausa*). Dios no puede permitir que sin que de mi parte haya mediado algo malo, me relegue al olvido.

KELLY:

—Usted es joven, podría casarse de nuevo.

EVA:

—¡Qué fácil lo ve usted todo! ¿O trata acaso de consolarme?

KELLY:

—Veo las posibilidades... Ahora bien, hay otra...

EVA:

—¿Cuál?

KELLY:

—¿Está él enterado de todos los detalles?

EVA:

—Si.

KELLY:

—Bien. Tanto más fácil.

EVA:

—¿Por qué?

KELLY:

—Así se podrá hablar con él abiertamente. No sé cómo tomará lo que yo diga, quizás me replique diciéndome que no me meta en su vida, que yo no le comprendo. Pertenecesco a lo que él llamaría una iglesia dicidente.

EVA:

—No creo que le diga a usted nada reverendo. Por el hecho de pertenecer a un credo diferente, no deja por eso de ser su amigo. Además, creo que la vida le ha enseñado a ser humano antes de sacerdote.

KELLY:

—Magnífica cualidad. Nada ganamos los que predicamos a Cristo, cada uno conforme a su creencia, con estar orgullosos de poseer la verdad sino sabemos brindársela a los otros humanamente. El mismo Dios se hizo hombre para mostrarnos el camino del cielo.

EVA:

—Es cierto.

KELLY:

—El orgullo va a perder la humanidad entera. Tiene el Santoral Católico un gran santo: San Francisco de Asís. A veces cuando celebro la misa siento el deseo de glorificarle, como lo hace la iglesia católica, porque fué un hombre que trató de comprender a los demás y no que lo comprendieran a él. Yo señora comprendo a su marido, y no juzgo a eso vanidad y orgullo, pero... desgraciadamente también la comprendo a usted.

EVA:

—Pero es que es absurdo eso del celibato.

KELLY:

—No lo crea señora tiene su razón y quién sabe, si nosotros estamos equivocados.

EVA:

—Pero usted es casado.

KELLY:

—Sí; y en cierto modo he sido feliz. Pero me preguntó si los otros no han sido más felices que yo. Pueden dedicarse plenamente a su ministerio, nada los entretiene. A mí por ejemplo, la muerte de mi hijo no me dejaba pensar en Dios. Me rebelaba. ¿Por qué, precisamente yo, que le servía con la mayor sumisión, con la mayor entrega, tenía que sufrir tan duramente las consecuencias de su ira? Mi hijo no era malo, había sido criado en la fé y en las prácticas de las virtudes, era un muchacho dulce, para todos tenía una frase afectuosa, una sonrisa... No tenía enemigos... Y no creo que los que lo mataron lo fueron tampoco. Simplemente era hombre y obedecía al mandato de su tiempo. Mis pensamientos eran en cierto modo producto de mi orgullo. Entonces un día me dí cuenta de todo: Yo era hombre, yo había crucificado a Cristo, yo aunque no lo creyera era pecador y no estaba exento de sufrir las consecuencias. El hecho de ser hombre me obligaba a aceptarlo pero la fé en Dios me daba fuerzas para sobrellevar el dolor. Después aprendí a perdonar. Ahora le digo, si yo no hubiera tenido familia, no me hubiera sentido abandonado, no hubiera tenido la oportunidad de dudar de la misericordia de Dios.

EVA:

—Pero si él se casó conmigo debe asumir las consecuencias. No puede abandonarme. Ha dejado de ser cura.

KELLY:

—El orden sacerdotal nunca se pierde. Las Sagradas escrituras lo dicen: "Tú eres sacerdote eternamente". Aún cuando se esté como dicen los romanos excomulgado, es válida la consagración, por tanto no ha dejado de ser sacerdote.

(La puerta del fondo se abre y entra Mauricio. Viene de la calle. Su rostro ya no tiene la amargura del cuadro anterior. Se ha afeitado y viste traje sencillo, trae unos papeles que coloca sobre la mesa).

MAURICIO (*Extendiéndole la mano a Kelly*):

—¿Cómo está usted Reverendo? (*Mauricio se dirige a un mueble escritorio de la sala, toma los libros y se los entrega al reverendo*). Aquí están sus libros. Fué fácil arreglarlos.

KELLY:

—Lo que pasa es que usted es un magnífico contable.

MAURICIO:

—El informe que usted mandará a su obispo no va a ser muy favorable que digamos.

KELLY:

—El sabrá comprender que la religión no es un negocio.

MAURICIO:

—Es un negocio para el alma.

EVA:

—Les dejo, probablemente Mauricio tiene muchas cosas que hablar con usted reverendo.

MAURICIO:

—Nada en privado, preferiría que te quedaras. Hoy estuve en la oficina del Cónsul de Francia... (*Pausa*). Después estuve... en el Palacio Arzobispal. ¿Sabe usted a lo que fui reverendo?

KELLY:

—Lo supongo... (*Mira a Eva*) ¿Por qué iba a mentirle?

EVA:

—¿Te indicaron el camino a seguir?

MAURICIO:

—No, eso sólo Dios lo puede hacer.

EVA (*Después de un silencio*):

—Mauricio... si yo no te importo, tu hijo por lo menos debía importarte.

MAURICIO:

—Quién ha dicho que él no juega un papel importante en todo esto. Ni siquiera para la iglesia es un bastardo, he estudiado el caso. Tampoco es el fruto del pecado, y te confieso Eva, que no estoy arrepentido de tenerlo, antes bien, le doy gracias a Dios por ello, es el resultado material de esta prueba tan dura que acabo de pasar, que aún estoy pasando.

EVA:

—¿Entonces?...

MAURICIO:

—Espera... déjame organizar un poco mis ideas. Todo me tomó tan de golpe que todavía me parece que estoy soñando.

KELLY (*Poniéndose en pie*):

—Mauricio, quizás lo que yo le diga sea un poco fuerte para usted, sé que me aprecia, casi podría decir, me quiere, pero sé que yo como sacerdote para usted... bueno no tengo... en fin, que mi ordenación no es válida, porque según Roma se interrumpió la línea apostólica. Pero créame Mauricio, le hablo con el corazón, como si fuera a mi hijo a quien le estuviera hablando, la solución que yo voy a ofrecerle... quizás le ofenda.

MAURICIO:

—Nada que provenga de usted puede ofenderme y no me interesa discutir si su ordenación vale o nó, para mí quien vale y mucho, es usted.

KELLY:

—Gracias, Mauricio, sus palabras me infunden valor (*Pausa*). ¿Por qué... no se hace anglicano? Así podrá conservar a su esposa, a su hijo...

MAURICIO:

—Eso reverendo sería claudicar... y ya la humanidad ha claudicado demasiado.

KELLY:

—No claudica usted porque puede seguir enseñando la verdad. Al fin y al cabo nuestras iglesias no tienen grandes diferencias.

MAURICIO:

—Reverendo, sobre esa mesa hay unos papeles, en ellos encontrará una nota detallada de todo lo que debe hacer, lo dejo a usted encargado de mi familia. Es la mayor prueba de amistad que puedo darle. El negocio les podrá dar para vivir muy bien. Cualquier cosa consulte con Fritz, y si algún día mi hijo pregunta como era su padre explíqueselo usted, reverendo, que me comprende bien.

KELLY:

—¿No cree que sus superiores no verían con buenos ojos que a mí, que pertenezco a otra iglesia, me encargue de su familia?

MAURICIO:

—No lo creo reverendo. (*Mirando a Eva*) Estoy seguro de que Eva criará a nuestro hijo dentro de la iglesia católica, por otra parte no perderé contacto con ustedes. Pero si yo me pasara a su iglesia, olvidando las diferen-

cias tanto esenciales como formales, que ahora no es preciso discutir, traicionaría por egoísmo, a los míos.

EVA (*Revelándose*)

—¿Y crees que esos que llamas los míos no te desprecian? Te recibirán con los brazos abiertos porque eres uno más. Pero en el fondo lo único que sentirán por tí es una especie de piedad. (*Transición*) No te gustaba que te compadecieran, pues bien, estoy segura que sólo sienten por tí eso, compasión, sí, compasión mezclada con el desprecio o con la envidia. Tuviste la oportunidad de tener un hogar, eso no te lo perdonarán, para ellos serás como una especie de tarado; tienes un hijo, un hijo que se avergonzará de llamarte papá, que no podrá llamarte así nunca sin que se le quiebren los labios de vergüenza.

MAURICIO:

—Por qué va a avergonzarse, nada podrá reprocharme en el mañana. Su vida es el producto del amor, no un accidente de la lujuria. (*Pausa*) Si Eva, te quise mucho... Más aún, te quiero... pero no puede ser igual. (*Mostrándole las manos*). Estas manos están hechas para bendecir, no para acariciar con pasión... compréndelo... Están hechas para que el hijo de Dios reine entre los hombres, para que su sangre se derrame diariamente sobre los corazones, sin dolor, es tan difícil hacer algo sin dolor en este mundo, que te parecerá extraño! Sí Eva, son manos para sacrificar al Cordero Inmaculado, un sacrificio que no es cruento porque trae la paz y la tranquilidad a la conciencia (*Acercándose*). Hace unos días me pediste que te perdonara, nada podía responderte en aquél momento. ¿Y sabes por qué? porque por segunda vez en la vida me sentí feliz completamente. Sí; yo era el hombre más importante en el mundo... Esas dos veces en que me sentí feliz fueron cuando consagré por primera vez el pan y el vino, y cuando me comunicaste, en un momento de desesperación, que era sacerdote. A mis manos vacías, acudie-

ron de golpe los recuerdos y me sentí como si me hubieran ordenado de nuevo. Mira mis manos, Eva, no podrían tocarte más, están hechas para elevar a Dios sobre las cabezas y los corazones de los hombres.

EVA:

—No Mauricio, no puede ser, esas manos fueron mías... y las besé con pasión. Eres mi esposo, esa es una realidad y no puedes cambiarla de golpe, no puedes dejarme sumida en la desesperación.

MAURICIO:

—No debe desesperarte Eva, no lo debes hacer. Pero en la vida cada cual tiene una misión que cumplir, a veces es una misión de dolor, si la cumplimos con fé y amor a Dios...

EVA:

—¿Pero crees que yo puedo amar a un Dios que me arrebató a mi esposo, al hombre que quiero?

KELLY (*Tomando a Eva del brazo*):

—¡Por favor, Señora!

EVA (*Zafándose de un tirón*):

—Déjeme! ¡Usted también vive de la superstición, tiene que defenderla! (*Por Mauricio*) ¡Cómo podrán servir a ese Dios que sumió en tinieblas tu mente, tu razón! Qué cruel es tu Dios que habiéndose puesto en tu camino permite que ahora me dejes abandonada como si fuera un guiñapo (*Gesto de Mauricio*) Sí, no te asombres. Como si esta carne que tocaste con placer fuera algo sucio, algo cuyo contacto podría mancharte.

MAURICIO:

—Eva!

KELLY:

—Cálmese Eva, no es necesario llegar a estos extremos.

EVA (*Encarándose con Mauricio y el reverendo*):

—Si, egoístas, eso es lo que son ustedes, predicán la caridad pero no la practican.

MAURICIO (*Calmado*):

—El primer deber del hombre es para Dios, luego para con su alma.

EVA:

—Te será difícil soportar la castidad después de haber acostumbrado tu cuerpo al contacto del mío.

MAURICIO:

—Dios y el recuerdo de tu amor, me ayudarán.

EVA:

—Mauricio, compréndelo, tu Dios no puede exigirte que te sacrifiques de esa manera. Vivías más o menos feliz, nada te faltaba, querías a tu hijo, me querías a mi... y ahora todo, de golpe, lo echas a perder por ese Dios tuyo que dicen que se hizo hombre!... Qué poco humano fué, Mauricio, qué poco humano! (*Prorrumpie en llanto*).

MAURICIO (*Apoyando una mano en el hombro de Eva*):

—Eva... algún día, tu me comprenderás.

EVA:

—No, no puedo comprenderte ni a tí, ni a la religión. Para mí el mundo ha terminado.

MAURICIO:

—Eva, si me marchó es...

EVA:

—Si te marchas es porque tienes miedo de tí mismo. Quieres alejarte de mi porque te parezco un peligro para la salvación de tu alma. ¡Qué poca confianza tiene en tí mismo y en Dios! ¡Sacerdote! ¡No creo que puedas ser un buen sacerdote!...

MAURICIO:

—Fuí un buen marido.

EVA:

—No es igual. Además buen marido no es el que abandona su esposa, su hijo, para predicar el amor. No, el amor debe empezar en la familia, en la esposa, en los hijos.

MAURICIO:

—No te lo discuto, pero el amor que debe predicar un sacerdote no es el amor que te hace a tí hablar de esa manera (*Pausa*). Es un amor tan fuerte que puede hacer fundir al acero de todos los cañones del mundo, que puede hacer sellar las bocas de todos los que en él maldicen, que hace desaparecer el engaño, la mentira, de la faz de la tierra. No puedes comprender Eva, lo grande que es ser sacerdote. Es poder limpiar de culpa los corazones de los criminales, poder ofrecer a Dios a miles de bocas sedientas de su gracia, es poder abrir las puertas de la verdadera vida a miles que creen estar viviendo. Sí Eva, el reino de Dios no es de este mundo, pero Cristo nos trajo la paz, nos encargó que la diéramos y esa paz no se alcanza sino por el amor. El amor que tú sientes por mí es muy pequeño comparado con el amor que yo tengo que distribuir al mundo entero... (*Pausa*) Ahora te da trabajo comprenderlo, es natural, pero yo diariamente rezaré porque veas clara la verdad. No te entregues a la desesperación. Déjate guiar por Dios, que si él te guía nada te faltará (*Pausa*). Adiós, Eva, que el Señor te bendiga... y te dé la paz.

(Camina hacia la puerta, se vuelve. Eva se ha puesto en pié. El la mira y le sonríe como iluminado, se vuelve y cierra la puerta tras sí. El reverendo y Eva deben permanecer en el segundo plano, de suerte que apenas se no-

ten sus figuras. Tras cerrarse la puerta, Eva corre hacia ella y en un grito:)

EVA:

—¡Mauricio...!

(Llora durante un rato, está frente al público, en un segundo plano con la cara entre las manos, de repente cesa de llorar, adelanta unos pasos hacia el primer término del escenario, casi hasta llegar al proscenio, pero siempre detrás de la línea marcada por la cortina. Como si de repente comprendiera una verdad profunda. Dice muy lentamente y con voz nublada):

EVA:

—Había en él algo que no era mío, y es que su corazón pertenecía a todos los corazones del mundo. *(Pausa)* ¡Dios mío! Tienes razón, pero yo no soy más que una pobre mujer, y no puedo, no puedo comprender.

(Queda de pie con los ojos mirando al cielo, en actitud de oración, mientras muy lentamente baja el telón).

INDICE

	Pág.
Acto Primero.....	15
Acto Segundo.....	45
Acto Tercero, Primer Cuadro.....	67
Acto Tercero, Segundo Cuadro.....	89

**Este libro se terminó de imprimir en los
talleres de imprenta de la Editora
A R T E Y C I N E
Isabel La Católica 42, Ciudad Trujillo,
República Dominicana, el día 10
de noviembre del año 1959.**

FE DE ERRATAS

LEASE:

Pág. No. 9	Línea	diecinueve: solo por sólo
10	"	cuatro: solo por sólo
10	"	cinco: egoismo por egoísmo
13	"	seis: Helena por Elena
20	"	última: hubiéramos por hubiéramos
23	"	siete: lo por los
26	"	diecisiete: C'est (mayúscula) por c'est (minúscula)
28	"	antepenúltima: solo por sólo
29	"	trece: Lamberth por Lambeth
30	"	veinte: y por Y
33	"	once: (ha)brían por (ha)bría
36	"	penúltima: P por p
36	"	diez: contricción por contrición
37	"	cuatro: fortuna por forma
39	"	veintinueve: vendira por vendría
41	"	siete: bastante por bastantes
52	"	diecisiete: egoismo por egoísmo
54	"	veinticuatro: se por sé
57	"	ocho: deCristo por de Cristo
60	"	última: A por Al
64	"	última: Necesita por Necesito
67	"	trece: Cómo por como
68	"	diez: bus(camos) por no bus(camos)
72	"	dos: Respondiendoes por Respondiéndose
74	"	diez: crea por creas
76	"	veintitrés: casas por cosas
85	"	penúltima: de pie por de pies
91	"	seis: dicidente por disidente
91	"	penúltima: señora tiene por señora, tiene
97	"	once: debe por debes
97	"	veinticinco: guiñapo (Gesto por guiñapo. (Gesto
98	"	veinte: tu por tú

ro de 1959, y tuvo la franca acogida de los entendidos en la materia considerándose como un intento dramático de gran importancia para el futuro de nuestro teatro.

De ella ha dicho Héctor Inchástegui Cabral: "Con las Manos Vacías, aparece por primera vez en la escena dominicana el Teatro de Tesis".

Hay en la trama de la pieza gran finura y conocimiento de la materia, y la terminación del primer acto de la obra tiene una fuerza dramática que afecta notablemente al lector.

Máximo Avilés Blonda ha publicado una serie de sonetos en un libro titulado TRIO, en colaboración con los poetas Valera Benítez y Hernández Rueda. Se halla actualmente trabajando en una nueva obra de teatro que aún no ha titulado y que pondrá en escena tan pronto como sea posible.

Su labor como actor y director es bien conocida en nuestro ámbito, puesto que sus actuaciones le han dado un renombre que le sitúa en un primer plano en ese difícil arte.

Marcio Veloz Magglolo

